

HUICOT: ANTECEDENTES MISIONALES *

LINO GÓMEZ CANEDO

Desde el punto de vista de la historia misional, no estaban mal escogidas las siglas **HUICOT** para designar la vasta región de los estados de Jalisco, Nayarit, Zacatecas y Durango, donde habitan los huicholes, coras y tepehuanes entremezclados entre sí y con otras comunidades. En efecto, la realidad indígena que se trataba de expresar es vieja de siglos, y en particular los problemas afrontados por quienes han trabajado en su cristianización. No entro en la cuestión de si otros problemas básicos de la zona son los mismos, pero me parece que no puede haber mucha duda de que el problema misional sí lo fue y en parte lo es todavía. El contacto con las poblaciones aludidas, que habitan en el territorio —generalmente abrupto y de acceso difícil— del centro de Nayarit, norte de Jalisco, sudeste de Zacatecas y sur de Durango, fue preocupación constante de los misioneros católicos desde la segunda mitad del siglo **xvi**; y lo realizaron desde los mismos puntos de partida desde donde se pretendió recientemente resolver el problema “huicot”.

Lo intentaron en primer lugar los franciscanos desde la Nueva Galicia y Zacatecas, ya en el siglo **xvi**. Más adelante se intentó también la penetración desde Durango, pero Guadalajara y Zacatecas continuaron siendo las bases principales de aquella empresa. Cuando en 1583 escribía fray Diego Muñoz su *Descripción de la Provincia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán* —que entonces comprendía también la Nueva Galicia—, los franciscanos de Jalisco tenían varios conventos en pueblos de indios, hacia el norte y el noroeste de Guadalajara. Entre ellos figuraban Xala, Teúl (San Juan Bautista) Xalisco, Guainamota, Senticpac y Acajoneta. Algunas de estas fundaciones eran ya bastante antiguas y constituyeron sin duda bases de penetración hacia los territorios de indios aún no reducidos o “chichimecas”. Es muy verosímil que entre ellos hayan figurado los coras, los huicholes y los tepehuanes. Guainamota se hallaba en la

* El presente trabajo fue escrito originalmente, hace algún tiempo, para servir de introducción a una serie de relaciones e informes sobre la historia de las antiguas misiones en la sierra de Nayarit y sus contornos. Como el proyecto no ha llegado a realizarse, ni me parece probable que se lleve a cabo, accedo a publicarlo aquí, con algunos mínimos arreglos, en la esperanza de que contribuya a esclarecer, aunque sea panorámica y algo superficialmente, un capítulo de historia mexicana que sigue siendo poco y mal conocido.

misma frontera de los huicholes: los guainamotecos eran probablemente del tronco cora-huichol.¹ Esta fundación tuvo que ser, ya entonces, una base de contacto con los coras, como sabemos que lo fue más adelante. Podemos suponer que el mismo papel representaron los conventos de Xalisco, Senticpac y Acaponeta en las primeras comunicaciones con los coras y tepehuanes.

Otros franciscanos procedentes de Zacatecas avanzaron hacia la misma zona. En 1591-1592 establecieron una residencia en San Luis de Colotlán y desde allí fueron extendiéndose hacia el oeste: Chimaltitlán, 1616; Camotlán, 1642; Huejuquilla, 1649; Tezócuautila, 1727... , territorio densamente huichol, si bien habitado asimismo por tepehuanes y otras comunidades. Los tepehuanes fueron evangelizados también desde San Francisco del Mezquital, en Nueva Vizcaya, donde los franciscanos de Zacatecas tuvieron una residencia a partir de 1588; en tiempo de Arregui —1736— administraban un extenso distrito de seis pueblos, el primero de los cuales distaba del último cerca de cuarenta leguas, “en lo más fragoso de la sierra”. Continuando hacia el sur, establecieron a principios del siglo xvii (1606) la misión de Guazamota [Huazamota] en las mismas puertas de la sierra nayarita. Esta que podríamos llamar infraestructura fue completándose con otras fundaciones de los franciscanos de Jalisco (Guaximic, 1610, casi en la frontera suroeste de Nayarit; Amatlán de Xora, 1620; Tonalisco, 1620) que vinieron a facilitar más la penetración en la sierra de Nayarit.² Porque la actividad misional en

¹ Estas clasificaciones, tribales o lingüísticas, necesitan probablemente de mayor clarificación. El término “huichol” no aparece en los antiguos documentos, ni en los cronistas hasta tiempos muy modernos. No se encuentra en Mota y Escobar ni en Arregui; en Tello, ni en sus continuadores Ornelas y Mariano de Torres. Puede que sean los que Tello denomina vizuritas (libro ii, capítulo 21, y libro iv, capítulo 3); pero derivar de esta palabra la de huicholes se me antoja un poco forzado. Tampoco Ortega los menciona en sus *Apostólicos afanes*; aunque en carta de 1733 acusa a los “guisoles” de causar daños a los otros indios del Nayarit (BN, México, *Archivo Franciscano*, caja 14, expediente 256.1). En realidad, los huicholes no formaron parte de las misiones jesuíticas; se explica, pues, que Ortega no los mencione en su obra. Lafora llama “guisoles” a los indios de San Andrés Comata [sic], Santa Catarina y San Sebastián, a quienes por cierto, tacha de insolentes y orgullosos. Modernamente, Lumholtz, que vivió entre ellos, dice que su nombre actual es una corrupción de *vishálika* o *virarika*, que significaría médicos o curanderos (*Unknown Mexico*, II, 21). Véase también Gerhard, 40-42. El padre Doye en 1745 llamaba “guisoles” a los indios de San Andrés Cuamiata y lo mismo hizo Lafora en 1768 (p. 260 s.).

² Sobre estas fundaciones hay abundantes noticias en Tello y sus continuadores; y también en Arregui. Pero hay que seguirlos con cautela, sobre todo al primero, porque su cronología suele estar muy equivocada. Por otra parte, la variada escritura de los nombres geográficos impide identificarlos con seguridad en muchos casos, aunque en este caso ha venido en nuestra ayuda la reciente y fundamental obra de Gerhard, *The North Frontier of*

esta sierra comenzó bastante antes del establecimiento de la misión de Guainamota (hacia 1580-1585). Lo que pasó es que fue éste el único establecimiento permanente —aunque efímero— por entonces. Del mismo fray Andrés de Ayala, fundador de la misión de Guainamota y martirizado allí en 1585, escribe Tello que había entrado a dicha serranía muchas veces y mantenido a sus indios en paz por “once años”, al parecer con anterioridad al establecimiento de la misión.³ El propio Tello trae otras muchas noticias sobre anteriores expediciones franciscanas a lo que generalmente se conoce como sierras de Tepic y de Nayarit; su continuador fray Mariano de Torres confirma y adiciona algo estas noticias.⁴

1. *Las expediciones del siglo xvi*

Aparte del ya citado fray Andrés de Ayala, fueron protagonistas de estas primeras entradas a la sierra de Nayarit, entre otros, fray Pedro del Monte y fray Andrés de Medina. El primero es un personaje de extraordinaria historia: hidalgo y doctor, natural de Madrid, había sido jesuita y ocupado en su patria la cátedra de Prima de teología durante catorce años; vistió después el hábito franciscano en la Provincia de San José, fundada por San Pedro de Alcántara, y se fue al Nuevo Reino de Granada, donde asombró con sus predicaciones y penitencias. Era un torbellino, lleno de fuego y bien dotado para los gestos dramáticos. Regresó a Europa y llegó hasta Roma, donde fue recibido por el Papa Gregorio XIII (1572-1585) quien le confirió el título de predicador apostólico, después de haberlo oído predicar delante de toda la curia pontificia. En 1580 fue designado comisario de un grupo de franciscanos que pasaban a la Nueva España con el fin de seguir para las misiones del Extremo Oriente;

New Spain, gracias a la cual es ya posible resolver muchos problemas de geografía histórica.

³ Tello, libro II, capítulo 220. El cronista emplea la expresión “sierra de Tepec”, y lo mismo hace en el libro cuarto, mencionando ya el “pueblo de Tepec” ya el “valle de Tepec”, de ordinario, distingue entre “Tepec” y “Tepic”, pero algunas veces parece emplear ambos términos como si fueran variantes del mismo nombre. Esto hace a veces dudar de si se refiere a Tepic, en el Nayarit actual, o a Tepec (Tepeque) en la región de Bolaños. Lo último parece entenderse cuando escribe sobre las correrías apostólicas que llevaron a la fundación de Guainamota.

⁴ Torres distingue bien entre Tepec y Tepic. Dedicó los capítulos 9 y 10 a la evangelización de las sierras de “Tepec y Cora”; narra las correrías de fray Andrés de Medina en la “sierra de Tepec” (capítulo 11) donde habría fundado los pueblos de Mixquitlán, Nocaxquitlán, Itzcatlán y Ocotic, que hoy se llama San Pedro Analco, curato de Padres Agustinos. Y en el de Chimaltitán [Chimaltitlán] que poco antes había fundado, hizo celda en que vivir y comenzó a edificar la iglesia... En los dos capítulos siguientes refiere la fundación de Guainamota, y en el 15 habla “de lo que han trabajado los religiosos de esta santa provincia en la sierra de Tepec, por la parte de Xora”.

pero en vez de tomar la “nao de la China”, se quedó en México y se dice que fundó aquí dos conventos con el propósito de que sirviesen de hospederías para los religiosos que pasasen a dichas misiones orientales. Esto sucedía en 1581 y muy poco después lo encontramos en Jalisco —Tello dice que ya estaba allí en septiembre de 1580—⁵ dedicado a la predicación popular. Oyendo que en las sierras de Tepic había muchos indios infieles y chichimecos, allá se fue y recorrió las de San Pedro Analco, Ocotique, Amatlán de Jora, en dirección a la frontera sureste de Nayarit. Se detuvo principalmente en tierras de Jora, donde una cueva le servía de capilla y vivienda. Pero no sabía la lengua, por lo que le enviaron de Guadalajara al joven fray Andrés de Medina, natural de Jacona (Michoacán) que sabía bien el mexicano y al parecer entendía la lengua de aquellos indígenas, que según Tello era la tepehuana.⁶ Ambos se fueron al pueblo de Chimaltitlán —“que está en tierra de Tepec”, escribe Tello— donde se trataba de fundar un convento: pasaron allí una semana predicando y bautizando, y se retiraron a su cueva después de dejar allí a un indio del Teúl como maestro de doctrina.

Llegó entonces a visitarlos fray Andrés de Ayala, quien era guardián del convento de Xalisco y antes, desde el Teúl, había estado “en aquella sierra de Tepic” [¿Tepec?] y desde Senticpac y Xalisco “entrado nueve o diez veces en la provincia de Huaynamota”. Ayala y Del Monte determinaron hacer una visita a dicha provincia de Guainamota, dejando mientras tanto a fray Andrés de Medina en la sierra de Tepic [¿Tepec?]. Medina no descansó: recorrió las rancherías en busca de los mejores puestos para establecer pueblos

y en espacio de veintisiete leguas de aquellas conversiones fundó nueve pueblos, y en el pueblo que había fundado llamado Chimaltitlán hizo casa y comenzó a edificar la iglesia, con grandísimo trabajo corporal y espiritual, necesitando hacerla con sus propias manos, por ser la gente bárbara; y lo mismo hizo, corriendo de una parte a otra, en todos los pueblos, edificando las iglesias, por no tener albañiles y carpinteros. Y enseñaba a los indios a hacer adobes, y con unas herramientas que consigo llevaba siempre, labraba las puertas y umbrales para ellas, y acudían los pueblos, a se bautizar, con mucha voluntad a lo que el dicho padre fray Andrés les ordenaba.

⁵ *Crónica miscelánea*, libro II, capítulo 207. Había sido despachado para la Nueva España el 17 de mayo del mismo año (1580) junto (AGI, *Contratación*, legajo 5538, f. 17).

⁶ Libro II, capítulo 210. Fray Pedro del Monte se hallaba entonces en la “conversión de la tierra de Tepec”, cuyos indios verosíblemente hablaban la lengua tepehuana. El Chimaltitlán, de que habla a continuación, debe haber sido el situado cerca de Bolaños, donde efectivamente los franciscanos fundaron después un convento. La región colindaba con la de Jora o Xora. Sin embargo, las referencias geográficas de estos cronistas son imprecisas y confusas.

A continuación enumera Tello los pueblos fundados a que se refiere el párrafo anterior, y que fueron: Mixquiltán, Nacastitlán, Chimaltitlán, Ixcatlán, Otatitlán, Chichic, Apotzolco, Ochotic, "que ahora es visita de San Pedro Analco, doctrina de padres agustinos".⁷ A todo esto, fray Pedro del Monte, dejando la incipiente misión de Guainamota —donde había estado trece meses y donde hallaba dificultad en su trabajo por falta de intérpretes— estaba nuevamente en su antigua base de operaciones, en "el pueblo de Ocotic, de la provincia de Tepec, donde... tenía su habitación, en una pequeña cueva que cerca del pueblo había" (la capilla-habitación de que habla Tello en el capítulo 227). Desde allí envió a fray Andrés de Medina en un recorrido hacia el norte. Partiendo del pueblo de Hahuapan (Naguaapan), ya dentro del Nayarit colonial propiamente dicho, anduvo Medina en dos meses y medio —escribe Tello—⁸ las provincias de los tzayacuecos, coras, guatzamotas, vitzuritas y la provincia de Ahelita, y volvió a salir a la provincia de Tepec; pasó por tierras muy ásperas con mucho trabajo y por muchos lugares que con gran dificultad se podía andar a pie, con cuatro indios de diferentes lenguas por intérpretes. Vuelto de esta exploración, fray Pedro del Monte lo mandó con negocios a México, donde recibió el diaconado y, de regreso, el sacerdocio en Valladolid. Esto sucedía en 1582-1583.⁹

Seguidamente fue destinado fray Andrés de Medina a Guainamota, como compañero de su tocayo fray Andrés de Ayala, para continuar aquella conversión que, según queda ya dicho, terminó en desastre en 1585 con el martirio del padre Ayala y su compañero. Pero este compañero no era ya el padre Medina sino otro joven criollo, natural de Tepic, llamado fray Francisco Gil, quien sabía muy bien la lengua de aquellos indios de Guainamota.¹⁰ El padre

⁷ Tello, libro II, capítulo 210; véase también arriba, nota 4. Para la localización geográfica de estos pueblos, consúltese la obra de Gehard: Otatitlán y Apotzolco dependieron de Colotlán (p. 74, 77), aunque el último fue en algún tiempo visita de Juchipila (Ornelas, capítulo 8). Téngase, sin embargo, que los nombres de lugar se repiten bastante y tampoco aparecen siempre bien transcritos. La referencia de fray Andrés de Ayala como guardián de Teul está en Tello, libro II, capítulo 208.

⁸ *Crónica miscelánea*, libro II, capítulo 210.

⁹ La fecha, que no se conoce con precisión, puede conjeturarse de manera aproximada, en cuanto hay que relacionarla necesariamente con la visita del comisario general fray Pedro de Oroz a Michoacán y Jalisco, que fue por este tiempo.

¹⁰ Su biografía en Tello, libro II, capítulo 222. Un tercer franciscano formaba parte de la misión de Guainamota. Era fray Francisco Tenorio, de él da varias noticias el padre Tello. En 1585 se salvó de la muerte porque había ido a celebrar misa a las minas de Nahuapan y consiguió esconderse. Parece que este padre Tenorio era indio. Unos españoles lo llevaron a España, donde lo pusieron a estudiar y se hizo franciscano. En 1578 regresó a su tierra en una expedición de frailes venidos para la Nueva Galicia. AGI, *Contratación*, legajo 5538, f. 8).

Medina había sido destinado al convento de Acaponeta, desde donde hizo otras entradas a la sierra, como veremos. Pero antes volvamos un momento a las andanzas del padre fray Pedro del Monte. Cuando éste se vio privado de su compañero el padre Medina —destinado, como vimos, a Guainamota— se fue él también a la “provincia de Huaynamota”, como escribe Tello sin precisar más. Allí vino a juntarse fray Francisco Martínez de Jesús —a quien según Ponce llamaban el “Niño”—¹¹ al que Del Monte “instruyó en el modo de instruir y catequizar a aquellos indios”; dejándolo en aquella misión, siguió el padre Del Monte “a las serranías de las minas de Topia”, distantes ochenta leguas, y allí permaneció más de un año haciendo más bien vida de eremita, pues no sabía la lengua ni tenía compañero o intérprete. Habiendo corrido el rumor de que había perdido el juicio con tantas penitencias, fueron a buscarlo desde la ciudad de México. Aquí volvió a predicar con la elocuencia y éxito de los primeros años, pero se cansó pronto de la ciudad y “con la licencia que tenía de predicador apostólico”, dice Tello, se fue peregrinando y predicando de nuevo hasta Jalisco y “hasta atravesar la sierra de Tepec”. Alternaba la predicación con temporadas de retiro en lugares escondidos de la sierra, hasta que un día no regresó y jamás pudo saberse nada más de él.¹²

Destinado por guardián del nuevo convento de Acaponeta fray Andrés de Medina, según queda dicho, trató de entrar por aquel rumbo a las serranías de los coras y tepehuanes. Dice Tello que logró congrega a muchos en un pueblo llamado Las Milpillas, dos días de camino de Acaponeta. Del mismo modo aumentó con nuevos pobladores otro pueblo cercano por nombre Achachilco. Se trataba en muchos casos de indios que ya habían sido reducidos, pero que habían huido a las sierras. Los franciscanos llevaban ya algunos años actuando en aquella región, partiendo del convento de Senticpac, que se dice fundado en 1569. El radio de su administración se extendía más allá de Acaponeta: Quiviquinta era uno de sus pueblos de visita y vino a cons-

¹¹ Aparece también varias veces en la *Crónica* de Tello, libro II. Ya lo menciona Ponce en su *Relación*, capítulo 82, diciendo que en 1582 había comenzado a reducir a los indios de Guazamota. Había venido de España en la misma expedición de 1582 para la Nueva Galicia en la que vino el padre Tenorio. Véase la nota anterior.

¹² Tello, libro II, capítulo 209. Otros datos sobre el mismo religioso en el mismo Tello desde el capítulo 206 del libro segundo. Una buena caracterización de este singular misionero pudiera ser la del virrey conde de la Coruña, quien escribiendo a Felipe II (México, 1 de abril de 1581) decía que fray Pedro había tenido algunas “demandas y respuestas con los de San Francisco, por ser mozo y con poca prudencia para gobernar en una tierra como aquella, pero tenía buen púlpito y como súbdito era de buen ejemplo” (*Cartas de Indias*, n. 70). Era un carismático, de los que se gufan principalmente por su inspiración. Esto le había creado ya problemas en Colombia y en otras partes.

tituir otra de las puertas de entrada no sólo a las serranías de Nayarit sino a la Nueva Vizcaya. Siguiendo el camino de la costa, los franciscanos trataron por este tiempo de establecerse en Chiametla, a cuyo fin fue enviado (hacia 1583) fray Andrés de Ayala, poco después martirizado en Guainamota.¹³ Fray Juan de Tapia había seguido la misma ruta hacia 1558 para llegar al corazón de la Nueva Vizcaya.¹⁴

¹³ De la labor de fray Andrés de Medina en Acaponeta se ocupa Tello en el libro segundo de su *Crónica*, capítulos 211, 217 y especialmente en los capítulos 234-235, donde se refiere a lo que hizo en 1595. En el capítulo 217, se refiere a la comisión que recibió fray Andrés de Ayala para ir a Chiametla y explorar la posibilidad de levantar allí un convento. Más adelante, en tiempo del provincial fray Francisco del Barrio, de nuevo los franciscanos tratarán de establecerse en aquella región. Más adelante, la provincia de Zacatecas fundó en Milpillas, después trasladado a Lajas (Arlegui, parte II, capítulo 4).

¹⁴ A pesar de la importancia del personaje, lo que sabemos de fray Juan de Tapia es bien poco. Se conserva una carta suya, fechada en San Francisco de Guadalajara el 7 de mayo de un año que se le quedó en el tintero. Narra en ella el viaje que hizo desde Acaponeta hasta las cercanías del futuro Durango, para regresar por el mismo camino hasta Acaponeta y seguir desde allí hacia el norte, por la costa, hasta cerca de Culiacán. Mendieta, su primer biógrafo, escribió que esta excursión apostólica tuvo lugar en 1556 y ésta fue aceptada por Torquemada y Vetancurt. Pero ya Mecham percibió que debía tratarse de una fecha equivocada: dicho autor supone que el viaje del padre Tapia es bien poco. Se conserva una carta suya, fechada en San Francisco biógrafo, escribió que esta excursión apostólica tuvo lugar en 1556 y ésta fue ya publicada por Robert Ricard en 1924 y reproducida al año siguiente en la revista AIA (Madrid), vol. 24, p. 140. Tapia fue muerto después cerca de Zacatecas por los indios guachichiles; Mendieta no da la fecha, pero Oroz dice que fue en 1561 y esto se halla documentalmente confirmado (una información hecha en Zacatecas a 24 de enero de 1562 y carta del obispo de Jalisco fray Pedro de Ayala, 15 de marzo de 1562). Lo que permanece en la oscuridad es la vida anterior de Tapia. Mendieta dice que, como franciscano, era hijo de la provincia de la Concepción en España (capital Valladolid) y el obispo fray Pedro de Ayala, en la carta citada, añade que murió siendo "mozo en edad y anciano en la virtud y celo". En la provincia de Jalisco hubo otro Juan de Tapia, que era guardián del convento de Xalisco en 1562 (Tello, libro III, capítulo 16); pero Tello advierte que "no es el mismo de quien arriba hablamos, que fue mártir".

Quizá este último haya sido el fray Juan de Tapia que en 1558 pasó a México formando parte de un numeroso grupo de franciscanos. Figuraba entre veinte que debía llevar a Yucatán su primer obispo fray Juan de la Puerta, pero éste falleció durante los preparativos y dichos religiosos terminaron por pasar con fray Pedro de Ayala, nuevo obispo de Jalisco. Se embarcaron en Sanlúcar de Barrameda el 20 de junio de 1558 y el 10 de septiembre del mismo año estaban en Veracruz. Sabemos también que desde allí subieron todos a la ciudad de México. Entre ellos estaba fray Pedro de Ayala. Por fortuna, el AGI conserva mucha documentación acerca de este grupo (*Contratación*, legajo 4680; *Contaduría*, legajo 146 y 284). No parece que el grupo destinado a Yucatán haya seguido su destino, a juzgar por lo que escribía el virrey Velasco al rey (México, 30 de septiembre de 1558): "En los tres navíos que llegaron a la Nueva España en principio de septiembre vinieron treinta

Es muy poca la documentación coetánea sobre estas expediciones del siglo xvi, pero me pareció conveniente mencionarlas aquí a fin de que el lector pueda entender las del siglo xvii. Sin cierto conocimiento del despliegue misional que fue desarrollándose en aquellas partes durante la segunda mitad del siglo xvi, no serían fáciles de percibir los motivos y el modo de los nuevos intentos. El avance evangelizador hacia el noroeste —y en concreto hacia el interior de la sierra nayarita— eran proyectos muy viejos.

2. *Nuevas entradas en el siglo xvii*

La primera desde Jalisco comenzó casi exactamente con el siglo. Fue la de los padres fray Sebastián de Gamboa y fray Antonio de Alcega, que pasaron a restaurar la destruida misión de Guainamota [Huainamota] en 1600-1601. Les habían precedido brevemente fray Alonso de Cuéllar, que estuvo allí como un año, y fray Luis de Casaverde, quien sólo permaneció veinte días. Todo esto en 1600, según Tello; quizá fue un poco antes. Ambos misioneros hubieron de retirarse “vista la disconformidad y dificultad que había para reducir a aquella gente y reedificar las iglesias”. Alcega y Gamboa se encontraron con las mismas dificultades y en vista de ello les pareció más conveniente sacar a los indios a tierra “más abundosa y llana”, donde pudieran vivir mejor. Lo consiguieron con quinientos de ellos a quienes intentaron asentar en el pueblo de Xalisco y, como esto no pudo lograrse, los repartieron en un pueblo-visita de dicha doctrina franciscana, llamado Santa Cruz, en la costa, y en Senticpac, donde había también un convento franciscano. Pero al cabo de tres o cuatro años los guaynamotecos se volvieron a sus serranías.¹⁵

Los franciscanos hicieron entonces otro intento de poblarlos en su propia tierra, y esto dio ocasión a la primera exploración de la sierra nayarita; la primera, al menos, de que existe constancia documental y detallada. Fue realizada por fray Francisco de Barrios, cuyo relato de la misma es altamente valioso, como veremos en seguida.

y dos frailes de la Orden de San Francisco, los veinte para el Nuevo Reino de Galicia, que son bien necesarios y ayudarán a su tiempo para esta entrada; los demás los repartió el provincial en monasterios de esta Nueva España”. La “entrada” aludida por el virrey es la que se proyectaba “por parte de las minas de Zacatecas a la provincia de Copala y a otras partes que se tiene noticia que es tierra fértil y poblada”. De esta entrada hablaba el virrey en el párrafo anterior de la misma carta (AGI, *México*, legajo 19).

¹⁵ Tello, libro II, capítulos 241-22; libro IV, capítulo 26. Tello fecha la entrada de los padres Gamboa y Alcega en 1600-1601, lo que es aceptable. Alcega permaneció poco tiempo en esta misión, pues no pudo tardar mucho en salir para España, ya que en julio de 1603 se le despachaba de vuelta para Jalisco con catorce religiosos. De hecho, no regresó sino que fue enviado como obispo a Venezuela donde realizó una gran labor. Era una vocación tardía: antes de entrar en la Orden había desempeñado importantes cargos militares en Jalisco y Nueva Vizcaya.

Pero antes de llevarla a cabo, el mismo Barrios y su compañero fray Francisco Gutiérrez habían restaurado la vieja misión de Guainamota, abandonada desde el martirio de fray Andrés de Ayala en 1585. A petición y con ayuda material de la Audiencia de Guadalajara —aunque sin escolta alguna de gente armada— entraron los dos religiosos a dicho paraje, probablemente en 1603. Consiguieron reunir a unos cuatrocientos casados en un lugar llamado Navita; repararon la iglesia y los restantes edificios destruidos; organizaron la catequesis, poniéndola bajo un buen doctrinero indio que habían traído de Xalisco: “Pablo Juan, gran músico y cantor, el cual enseñó a muchos muchachos a leer, música y canto, con que salieron muchos buenos músicos, cantores y ministriles para el servicio de la iglesia”.¹⁶

Asentada esta misión de Guainamota y sabido por el padre Barrios —prosigue Tello— “que en la provincia de los coras circunvecinos... ocho leguas, había mucha gente gentil y por convertir”, emprendió este misionero su exploración de 1604. Por fortuna, su relato de dicho viaje ha llegado hasta nosotros. Está firmado por Barrios en “Santa María de los guainamotas” el 28 de mayo de 1604.¹⁷ Había llegado de regreso a dicha misión el 23 de mayo, y como él mismo dice que tardó en el viaje treinta días, se sigue que salió de Guainamota hacia el 23 de abril. Su compañía se reducía a cuatro indios, uno de ellos nahuatlato y los tres restantes para limpiar los caminos, o sea para abrir brecha. El compañero fray Francisco Gutiérrez quedó al cuidado de la misión. El primer día fueron a dormir a la vieja Guainamota de fray Andrés de Ayala, abandonada por los guainamotecos ante la hostilidad de los coras; la nueva Guainamota fue refundada en otro de los pueblos de los guainamotecos.¹⁸ Al padre Ayala lo habían matado los del pueblo de Acatlán, del que se veían aún los cimientos, y por allí se notaban todavía las ruinas de otros pueblos, restos de la vieja misión.

A pesar del miedo que sus acompañantes guainamotecos sentían de los coras, el padre Barrios consiguió que le siguiesen y continuó avanzando hacia el norte, tierra de los coras. Encontraron con éstos al anochecer del segundo día, pero no consiguieron establecer contacto con ellos. Durmieron a la orilla del “río grande de Guainamota” y al día siguiente, que era domingo, el padre Barrios celebró misa y después reemprendieron la marcha a lo largo del mismo río; “entre grandísimas sierras, que creo no mira el sol la tierra o aguas

¹⁶ Tello, libro II, capítulo 243; libro IV, capítulo 26. La fecha de 1601 que trae Tello está equivocada: el padre Miguel López no fue elegido comisario general hasta 1603 o 1604.

¹⁷ Parece referirse a este viaje lo que escribe Tello al final del citado capítulo 43. La relación del padre Barrios fue publicada por el padre Atanasio López en AIA, 34, 1931, 346-362, según copia certificada existente en el AGI.

¹⁸ Por lo que dice el padre Barrios, no muy lejos del lugar donde se había hecho la fundación primitiva.

deste sitio cuatro horas”, observa el padre Barrios. Para seguir avanzando hubieron de cruzar el río “las veces que no sabré expresar”. Pernoctaron a orillas del mismo río —debió ser donde lleva ya el nombre de Jesús María— y, al “desaparejar”, oyeron las voces de un vigía cora encaramado en el repecho de una sierra, quien, sin contestar a las llamadas que le hicieron en mexicano y en cora, fue a dar la alerta a los de un pueblo cercano. Salieron muchos vecinos y, al fin, cuando reconocieron que venía un fraile entre los recién llegados, bajaron “dos indios ladinos vestidos” y poco después un tercero. Los dos primeros eran cristianos; mostraron reverencia al padre Barrios y lo condujeron al pueblo, que estaba situado en lugar escabroso y de acceso casi imposible. Fue allí muy bien recibido por todos, le destinaron un jacal para vivir y le dieron de comer; hasta le obsequiaron con una exhibición de sus juegos. Los viejos recordaban la entrada hasta allí de un “padre viejo” —que Barrios identifica con el mencionado fray Pedro del Monte— y también la visita del capitán Caldera. Barrios les predicó repetidas veces y un viejo le contestó holgándose de su venida y reconociendo que efectivamente “el dios que ellos tenían, el cual estaba en el pueblo de Anyari, día y medio de camino de allí, ese les traía engañados”. A dicho pueblo de Anyari —La Mesa de Tonati— se empeñó en llegar nuestro misionero, pero los del pueblo se opusieron tenazmente, tratando de asustarlo con muchas consejas sobre los peligros que allí correría.

Con el fin de disuadirlo —o por lo menos de aplazar su marcha— le persuadieron de que mejor fuese con ellos “dos días de camino a un pueblo donde todos se juntaban a hacer su mitote y borrachera, y que hallándose allí todos podría significarles mi venida e intento”, escribe Barrios. Y éste aceptó. La geografía se vuelve aquí todavía más oscura. Salió con ellos y caminaron “por el río que riega la mayor parte de los coras, que trae su nacimiento de la parte occidental en la disposición de la tierra de la parte del pueblo de Anyari...” Un poco adelante prosigue: “Por el río, pues, caminamos todo este día y venimos a hacer noche en el río grande, junto a la parte donde se juntan los dos ríos. El río principal, que es el que siempre hasta aquí hemos traído, que es el que pasa por nuestra Guainamota, trae su nacimiento de Guainamota; es, como tengo dicho, muy caudaloso”. A continuación llama a estos dos ríos los de los coras y tepehuanes, respectivamente. ¿A qué ríos se refiere? El de los coras tiene que ser el Jesús María, que entre su unión con el Chapalagana y la desembocadura en el río Grande de Santiago recibe el nombre de Guainamota. Parece ser este río Guainamota-Jesús María el que habían venido siguiendo desde que salieron de la misión de la nueva Guainamota. El pueblo aludido en este lugar pudo ser, por lo tanto, el actual de Jesús María o uno muy cercano.¹⁹

¹⁹ No la encuentro en el mapa de 1722 que ha sido reproducido en la

En dicho paraje fue visitado por muchos coras, que se mostraron muy respetuosos y le oyeron con extraordinaria atención; al día siguiente hizo levantar un altar y celebró misa. Algunos habían sido ya bautizados en los pueblos de la Nueva Vizcaya, con los que comerciaban. Siguiéron después al pueblo donde iba a celebrarse el mitote. “Y pasando por unas grandes quebradas —observa el padre Barrios— vi muchas diferencias de figuras y caracteres en unas peñas blancas y areniscas, y queriendo saber bien lo que eran, me dijeron los mismos coras que nos guiaban que aquel lugar era en [el] que escribían y pintaban sus pasados, y creo que como ellos ni saben de escritura formal como nosotros, que usan de aquellos caracteres para dejar en memoria sus antiguallas y hechos. Eran muchos y todos diferentes, y entre ellos algunas figuras. Vi esto en tres partes y en el propio camino”. Hacia las tres de la tarde llegaron al pueblo, que “estaba en un recuesto”. Era pequeño, de hasta veinte vecinos. Le dificultaron la entrada con el pretexto de que no había lugar para alojarlo, pero entendió que trataban de evitar que “viera sus cosas y les fuera a la mano en ellas” y subió hasta el centro del pueblo, ya dispuesto para la fiesta:

Y cierto que me holgué en su grado [de] ver el orden y disposición que tenían en todo lo tocante a su abuso. Entré por medio de una plaza muy igual y muy limpia y barrida, a donde habían de bailar su mitote. Teníanla cercada toda de tiendas hechas de jacal, y eran tantas estas tiendas cuantos eran los pueblos que habían de venir al baile, y a cada pueblo competía su tienda, y en el medio estaba la plaza: unas grandes y otras no tanto, según eran los pueblos. Tenían a la puerta de cada tienda mucha leña para las candeladas, porque éstos hacían sus mitotes de noche, como suelen entre nosotros hacerse los torneos de a pie, y cierto, según tenían el orden, se me representó esto.

Viendo que efectivamente allí no era posible hallar alojamiento, se retiró a la parte baja del pueblo, donde aparecieron en seguida muchas mujeres y muchachos que le prepararon un jacalillo muy limpio. También bajaron a verle los mandones y principales, trayéndole de las provisiones que tenían para la fiesta. Todo con mucha cortesía y reverencia. La noche, sin embargo, no fue precisamente agradable, pues el ruido de la fiesta era infernal. Pero se quedó tranquilo, porque sus indios le dijeron que el primer día no se emborrachaban, pues sólo bebían pinole y no vino. Todavía se atrevió a decirles misa en la mañana siguiente, y predicarles, aunque sólo acudió como una cuarta parte, debido al cansancio de la fiesta. Pero

moderna edición de Alegre por Burrus-Zubillaga (iv, 288-289). Pero fue una de las misiones más numerosas de los jesuitas, establecida a raíz de la conquista. Allí tuvo lugar el bautismo del Tonatí (Ortega, capítulo 21).

le oyeron y trataron con mucha cortesía, expresándole su deseo de congregarse y recibir misioneros. Cuando ya se disponía a seguir su camino, algunos de otras rancherías que venían para la fiesta, embijados y armados, se mostraron algo atrevidos, pero no llegó a pasar nada.

Poco antes había recibido el padre Barrios una carta del doctriero de Guazamota, en la frontera de la Nueva Vizcaya, quien había oído el rumor de que Barrios venía acompañado de soldados, lo que tenía alborotados a los tepehuanes. Éstos constituían la doctrina de Guazamota, que era una visita del convento franciscano de Mezquital a cuatro días de camino hacia el norte; el convento formaba parte de la provincia franciscana de Zacatecas. Barrios contestó al doctriero —que era el propio padre guardián de Mezquital— informándole de su propósito y de que no llevaba soldados, y avisándole de su próxima visita a Guazamota. Sin embargo, cuando llegó allí “otro día”, el padre de Zacatecas se había ido. Barrios fue recibido muy bien por aquellos tepehuanes y se detuvo allí dos días. Halló que podría fundarse una misión permanente, pero aplazó cualquier medida en este sentido por ser territorio de Zacatecas. Volveremos sobre esto más adelante.

El padre Barrios giró entonces hacia el noroeste-oeste a través de la zona tepehuana. A los seis días llegó a Milpillas, después de haber avistado Nombre de Dios y Malpaís y divisar las llanuras de Guadiana. Aquellos tepehuanes eran visitados desde el convento franciscano de Quiviquinta, perteneciente a la provincia franciscana de Jalisco. Parecióle buena gente, pero la doctrina presentaba algunas deficiencias a causa de que, por estar lejos del convento-cabecera, los religiosos no podían ir a visitarles con la frecuencia necesaria. No se detiene más en este punto, por no alargar demasiado la relación, pero esperaba volver sobre ello más adelante. Descendiendo la serranía, siguió hasta el dicho convento de Quiviquinta: en el camino, a más de Las Milpillas, pasó por Tlachchalpan, los Caimanes, Tetitlán y San Sebastián, pequeños pueblos que eran visita del convento de Quiviquinta. Este convento era de reciente fundación y Barrios opina que debiera mudarse a lugar más apartado de Acaponeta, como Las Milpillas, para que resultase verdaderamente pertinente.²⁰

Acaponeta se hallaba ya a cinco leguas y hasta allí siguió el padre Barrios, continuando después a Senticpac. Su propósito era entrar al pueblo-santuario de los coras —Anyari o Mesa de Tonatí— desde el pueblo de Cuyutlán, que era visita del convento de Senticpac y dista del mismo siete leguas. A Cuyutlán se dirigió en efecto el padre

²⁰ Barrios toma partido en la controversia que provocó esta fundación. Véase Tello, libro iv, capítulo 34. La oposición vino del capitán del presidio de Acaponeta.

Barrios, con dos indios de Senticpac. Cuyutlán se halla al pie de la gran sierra del Nayar y sus habitantes eran parientes de los coras. Trataron éstos de disuadirle de tal empresa, pintándola como muy peligrosa y aun imposible. Comprendió que se trataba más bien de temor supersticioso, pero no insistió, y "harto desconsolado" fue a buscar la entrada por el pueblo de San Francisco, distante una legua de las minas de Tinamach. Los indios de este pueblo le dijeron también que era imposible la entrada, "por ser las serranías altísimas y peña viva atajada, por donde no podían ir caballos, y que habíamos de subir por escalera; que si no era de Guainamota, que por otra ninguna parte era imposible la entrada".

Al fin, el padre Barrios no pudo satisfacer su anhelo de llegar al centro de la sierra del Nayar, pero logró saber algo del lugar y de los coras. Lo que podría resumirse en los siguientes párrafos de su "Relación":

Este Anyari está en lo alto y cima de una grandísima sierra, la cual parece de este convento [Guainamota] y el lugar en que está parece una alcázar torreada mirado de lejos, que antes que yo hubiera andado esto, tengo inviada descripción de este lugar. Espero en la misericordia divina cumplirá su majestad mis buenos deseos, y que aquel infernal león y condenado demonio será por mí reducido al suelo y acoceado, y que por los méritos y misericordia benignísima de Jesucristo han de reducirse, como de hecho lo queda la otra parcialidad, la cual, como tengo dicho, pide bautismo religioso y dicen se congregarán junto al río.

Es gente toda esta cora dócil, amorosa, diligente, trabajadora, no espantadiza como esta brutal guainamoteca; muy aficionada a españoles, sino que dicen que no entren en sus tierras. Son bien agestados, comedidos, que no hay necesidad que se les mande la cosa; que viendo hay necesidad de hacerse, ellos se lo miden. Esto cuanto a la nación cora.²¹

La información sobre los coras de la parte occidental —aparte de los visitados por él a lo largo del río Jesús María— se completa con otras noticias contenidas en la *Relación*. También supo de su tlatoani o rey, aproximándose bastante a lo que iremos conociendo por informes posteriores. Se informó asimismo de otros pueblos amigos de los coras, o sus vecinos por el occidente, por cuyas tierras o sus cercanías pasó viniendo de Acajoneta a Guainamota: en su mayoría parece que eran sayaguecos (sayagueços) y propone que se funde para ellos otra misión, pues no podían ser bien atendidos desde los conventos existentes.²²

²¹ Texto en AIA, 34, 193, p. 360. "Anyari" es palabra que encuentro por vez primera. ¿Quiere ser un anagrama de Nayarit, o es un simple error de transcripción?

²² Según Gerhard (p. 110), los sayahuecos pudieran ser los llamados tam-

3: *Otras entradas y fundaciones en el siglo XVII*

Como puede verse a través de su *Relación*, Barrios tomó especial cariño a los coras, cuyas buenas calidades elogia repetidas veces. Además, prometió volver a establecer misión entre quienes le habían acogido tan bien durante su recorrido de 1604. No olvidó sus promesas. Vuelto de aquel viaje, pasó en Guainamota la época de lluvias y el 5 de octubre se puso en camino para Guadalajara, con el fin de recabar misioneros y ayuda para cumplir lo prometido. Los religiosos tuvo que ir a procurarlos del comisario general a México. Obtuvo facultades para sacarlos de donde quisiese, y entre otros escogió al padre fray Pedro Gutiérrez —quien más adelante traería de España al cronista Tello— que era guardián del convento de León. Con éste, un fray Pedro de Fuentes y un donado —probablemente indio— como catequista, regresó el padre Barrios a Guainamota en calidad de comisario de las misiones de aquellas partes, al principio de la cuaresma de 1606. De allí partió a los pocos días “para la nueva conversión de los coras”, en compañía de fray Pedro Gutiérrez. Pero a Tello, que nos da esta noticia (libro iv, capítulo 31), se le olvidó identificar a dicha misión, cosa que tampoco hace en pasajes paralelos de su *Crónica*. No encuentro indicio de que se trate de aquellos coras a quienes el padre habría tratado en su excursión de 1604. Probablemente se refiere Tello a la región occidental de los coras, para los cuales fundó Barrios en 1607 el convento de Ayotuxpa [Ayotuxpan].²³ Tras la fundación de Ayotuxpan regresó el padre Barrios a Guainamota y desde allí pasó a la conversión de los vizuritas —nombre que se cree llevaban entonces los huicholes— que vivían a un día de camino de dicha misión, hacia el oriente. Logró reducirlos y poblarlos en el valle de Guaximic y estableció allí para ellos un convento bajo el patrocinio de San José. Fue la primera fundación para los huicholes (1610) que hicieron los franciscanos de Jalisco; las restantes para la misma nación fueron obra de los franciscanos de Zacatecas.²⁴ A Barrios sucedió en Guaximic su compañero fray

bién tacaritas. Habían sido reducidos por los franciscanos hacia fines del siglo xvi. No parece que se haya fundado para ellos la nueva misión que pedía el padre Barrios. Sin embargo, la relación de éste despertó interés en las altas esferas, como demuestra una real cédula de Madrid, 27 de marzo de 1606. La Audiencia de Guadalajara había dado cuenta de la entrada del padre Barrios en cartas de 7 de diciembre de 1604 y 28 de abril de 1605. Véase el texto de la real cédula resultante en Tello, libro II, capítulo 250. En ella se mencionan los “naturales huaynamotas, coras y de San Pedro Analco”, pero no específicamente los sayahuecos.

²³ Tello, libro iv, capítulo 32; también en el capítulo 31.

²⁴ Tello, libro iv, capítulo 31, donde refiere la fundación del convento de Guaximic o Huaximic para los vizuritas huicholes?.

Pedro Gutiérrez y después trabajó allí con mucho éxito el notable misionero fray Miguel de Uranzu.

De este padre Uranzu refiere Tello (II, c. 263) que en un viaje de Acaponeta a Guaximic:

se entró por la sierra de los coras, aunque otras veces lo había hecho, para ver si era verdad una hablilla que corría de cosas tocantes a riquezas y minas; y también por si hallaba mejor disposición en aquellos gentiles para su conversión. Y solo y a pie y descalzo subió por aquellas serranías, expuesto a cualquier peligro, sin que nadie se lo pudiera estorbar. Y habiendo subido a lo más alto de la sierra, caminando fue a dar donde estaba el capitán que tenían, que es el que arriba dije, llamado Nayarit, a quien ya había visto antes. El cual, así que vio a este religioso, saliendo de su jacalillo, le fue a buscar y besar el hábito, y luego se volvió y trajo una petaquilla de palma muy pequeña de donde sacó un papel con unas letras que decían... [Se trata del conocido salvoconducto del capitán Miguel Caldera al Nayarit, que éste entregó al padre Uranzu, quien lo trajo a Guaximic.]

El padre Uranzu pudo rebatir así las muchas "mentiras que entre los españoles se decían de las riquezas de Nayarit, y que tenía un tribunal de plata en que estaba sentado, siendo un pobre viejo, ciego de ojo y desnudo en carnes..." Este Nayarit aparecerá de nuevo en estas páginas, y bien será que recordemos este testimonio de Tello.²⁵

Fray Miguel de Uranzu trabajó también mucho con los coras y tepehuanes desde el convento de Quiviquinta. Misionó asimismo en la región de Amatlán de Xora. Tello trae muchos datos sobre este misionero, y también acerca de otras incursiones franciscanas a territorio tepehuano-huichol desde Teúl y Juchipilla, y a territorio cora y tepehuano desde Xalisco —y su vicaría de Tepic— Tonalisco, Guaxicori y Acaponeta, además de otros conventos y puestos misionales ya citados. Pero los textos de Tello hay que analizarlos y someterlos a crítica, especialmente desde el punto de vista geográfico y cronológico, lo que apenas se ha hecho. Y tampoco es posible hacerlo en este lugar y ocasión. Dígase lo mismo de sus continuadores Torres y Ornelas. Pero aparte de los testimonios de estos cronistas tenemos otros de carácter documental. Una información de 1615 levantada por el varias veces mencionado fray Francisco de Barrios —entonces ministro provincial de los franciscanos de Jalisco— en la villa de San Sebastián (Sinaloa) nos habla de otro frente misionero poco conocido: el de los indios cheles en la serranía cercana a dicha villa. Después de referirse al "mucho deseo que... siempre ha tenido de

²⁵ Tello, libro II, capítulo 263. Uranzu debe ser el apellido correcto de este religioso. Véase también en Tello, libro IV, capítulo 29; al final, y capítulos 34-35.

la conversión de gente bárbara” y a la que tenía “visto y fundado en las dichas serranías siendo comisario de ellas por espacio de doce años, como también de lo que ahora personalmente, siendo provincial de la dicha provincia, ha visto”, expuso el padre Barrios que acababa de visitar la serranía de los indios cheles, frontera de la villa de San Sebastián, a donde los franciscanos venían haciendo entradas desde hacía cinco años. Esto habían hecho a petición del gobernador Francisco de Ordiñola. Entre los misioneros había figurado el mencionado fray Miguel de Uranzu, de quien los cheles conservaban muy buena memoria. Los cheles prometieron reducirse y poblarse en “los llanos donde mejor conviniese para allí hacer sus casas y pueblo e iglesia” y el padre Barrios los puso oficialmente bajo el patrocinio de San Buenaventura.²⁶ El proyecto quedó frustrado por la rebelión de los tepehuanes en 1617, a la que se unieron otras tribus vecinas, entre ellas probablemente la de los cheles; en cualquier caso, fueron destruidos los conventos de Guaxicori y Quiviquinta, y el de Acaponeta sufrió grandes desperfectos.

¿Quiénes eran estos indios cheles? Según los testigos que declararon en la información arriba referida, dichos indios habitaban las provincias de Cheles, Teputztlán, “Pánico”, Cacalotlán y Maloya, y “en las demás serranías del río Piaztlán”. *Chele* parece que no ha sido identificado ni como nombre de región ni de tribu, pero los restantes pertenecían todos a las antiguas jurisdicciones de Maloya y Copala (Sinaloa) si suponemos que “Pánico” es simple mala lectura de Pánuco. Los franciscanos habían avanzado a lo largo de la costa desde mucho antes. Fray Juan de Tapia pasó por allí hacia 1558, según queda dicho, y la orden llegó a tener convento en Culiacán unos años después. Cuando el jesuita Gonzalo de Tapia llegó a la villa de Sinaloa en 1591, encontró allí varios indios bautizados por los franciscanos. Hacia 1569, según parece, tuvo lugar el martirio, en San Juan de Sinaloa, de los franciscanos fray Pablo de Acevedo y fray Juan de Herrera, que habían entrado con Francisco de Ibarra.

Pero todo esto quedaba ya fuera del territorio “huicot”; retrocedamos a nuestro espacio geográfico-etnográfico. Disponemos asimismo de documentación que corrobora lo escrito por Tello respecto de los daños causados por la rebelión de 1617 y sobre la restauración de los conventos destruidos entonces en la frontera de los tepehuanes y coras. Se trata concretamente de los conventos de Guaxicori y Quiviquinta. Los nuevos documentos permiten conocer hasta dónde alcanzaba la obra misional realizada desde dichos conventos antes de 1617, y también el alcance de la restauración. Fue abandonado el

²⁶ La información de 1615 fue publicada por el padre Atanasio López en AIA. 34, 1934, 362-370. Tello se ocupa brevemente de esta actividad entre los indios cheles o chiales (libro II, capítulo 260). Supone que tuvo lugar en 1610-1611.

lugar de Quiviquinta y reconstruido el convento en Guaxicori; y en torno a él los pueblos de Picachos, Milpillas, San Francisco Muza, San Diego, San Blas y San Juan. Cuatro de estos pueblos eran de gente nueva, en número de más de mil. Se trataba de indios tepehuanes. Su reducción y pacificación había sido obra principalmente de los misioneros fray Marcos de San Juan, un criollo graduado en filosofía, que fue mayordomo del obispo don Alonso de la Mota y Escobar y era ya sacerdote antes de entrar en la orden; fray Francisco de Fuentes y fray Pedro Gutiérrez.²⁷

4. Entradas desde Zacatecas

Según hemos visto, otra ruta de penetración a territorio "huicot" fue la de Zacatecas. Antes de terminar el siglo xvi, los franciscanos zacatecanos tenían residencias en Guazamota y San Luis Colotlán, esta última apoyada por una colonia de indios tlaxcaltecas. Guazamota estaba próxima a los coras nayarjitas. Hasta 1606 fue una simple "visita" de San Francisco del Mezquital. Fray Francisco de Barrios la visitó en 1604. Acababa de estar allí precisamente el misionero del Mezquital, que la visitaba una vez al año, y Barrios, al verificar esto, se abstuvo de establecer misión en dicho lugar, por no entrar en jurisdicción ajena. Fue muy bien acogido por los indios tepehuanes, aunque sólo el principal y otros dos estaban bautizados. Vale la pena registrar la impresión del misionero y compararla con la que más adelante transmitió Arlegui:

El sitio de este pueblo es un valle y llanada admirable de hasta legua y media, y otro tanto de ancho. Es tierra fertilísima de maíz y de todo lo demás que los indios siembran. Hallélos llenos de maíz, que cierto que me pareció que estaba ya en tierra de paz. Es la gente dócil y muy inclinada a todo lo que es doctrina, y muy españolados. Todos los hallé vestidos, y con caballos los más, porque a cada hora salen a tierra de Guadalajara.

De ser cierto tal adelanto, parece un poco extraño que el misionero del Mezquital les visitase sólo una vez al año y que sólo hubiese hecho hasta entonces tres entradas. De todos modos, la pintura que hizo Arlegui es bien distinta. Aparte de hallarse en tierra fragosa, a más de cuarenta leguas de pueblo de españoles, estaba "habitada solamente de indios rústicos, tan bozales que casi no se distinguen de los troncos. El temperamento es calentísimo, y aunque tiene un río caudaloso con abundante pescado, es muy ocasionado a enfermedades, motivo porque los religiosos no pueden aguantar mucho

²⁷ Atanasio López, en AIA, *Misiones o doctrinas de Jalisco (Méjico)* en el siglo xvii, 34, 1934, 481-507. Véase también Tello, libro II, capítulo 280.

tiempo su enfermo temperamento". Añade que no se cogía trigo en término de cuarenta leguas y sólo había pan de maíz; tampoco se criaban ovejas y si algunas traían los religiosos, se morían en seguida envenenadas por una hierba llamada la saetilla. Si se mataba un novillo o vaca, se pudría la carne el mismo día en que se mataba. Sin embargo vivían allí dos misioneros, atendiendo a cuatro pueblos situados en serranías y barrancas muy apartadas. Probablemente la *Relación de Barrios* refleja la impresión pasajera de un hombre optimista, mientras Arlegui se basa en la experiencia de muchos misioneros que desde 1604 hasta 1737 habían tenido que subsistir en aquellos parajes.²⁸

San Luis de Colotlán quedaba un poco fuera de la zona que aquí nos ocupa, pero en sus cercanías había grupos tepehuanes mezclados con otros de "chichimecos" no bien identificados, y también huicholes. Más al oeste, sobre el río Chapalagana, predominaban los huicholes y los coras. Los franciscanos de Zacatecas establecieron varias residencias en ese territorio desde principios del siglo xvii: Santiago Chamaltitlán, San Juan Bautista de Mezquitic, San Sebastián de Tezocuaultra, Santo Domingo Camotlán y Huejuquilla, entre otras. Como era natural, les tentó el deseo de penetrar en la sierra del Nayar. Ya lo recuerda Arlegui cuando habla de Guazamota, dando una curiosa explicación para el fracaso de tales entradas: "aunque nuestros religiosos entraron antes muchas veces a predicarles, con peligro de la vida, los echaban luego de su tierra sin hacerles vejación alguna, diciéndoles que ejecutaban esto porque aún no había llegado el tiempo de su conversión ni de recurrir al bautismo; que ellos lo pedirían cuando fuese tiempo de recibirlo, como lo ejecutaron el año de 1721". La de 1721 no fue precisamente una sumisión voluntaria, como veremos luego, pero respecto de los frustrados intentos de establecer misiones en el interior del Nayar tiene razón Arlegui.

Otra importante fuente de información —no suficientemente explotada sobre la labor misionera en el contorno este-nordeste de la sierra nayarita la tenemos en los informes que el comisario general de los franciscanos, fray Alonso de Montemayor, solicitó de los respectivos superiores y misioneros en 1622. Por fortuna se han conservado los relativos a la provincia de Zacatecas. Entre ellos figuran los de San Francisco del Mezquital, Guazamota, Colotlán y Chalchihuites, del que dependía el pueblo de San Andrés, donde los franciscanos habían asentado a un crecido grupo de tepehuanes después de la última rebelión. Durante ésta, los frailes ayudaron mucho en la obra de pacificación; incluso alegaron que se habían mantenido quietos entonces los indios administrados desde los conventos de Topia, Mez-

²⁸ José Arlegui, *Crónica de la provincia de N. S. P. S. Francisco de Zacatecas*, parte II, capítulo 3. Y quizá en la del propio cronista que, como provincial, es probable que haya visitado Guazamota.

quital y Guazamota. Después de la guerra, varios franciscanos subieron a las serranías con la misión de ofrecer, en nombre del virrey marqués de Guadalcázar, perdón y seguridad a los tepehuanes que andaban huidos y atemorizados: uno de los informes da los nombres de seis franciscanos que se ocuparon tres o cuatro meses en traer de paz a los dichos indios, "que hoy están poblados otra vez en San Andrés y en San Francisco del Mezquital".²⁹

Sobre la doctrina de Guazamota hay en esta serie dos informes, o más bien descripciones de sus pueblos y habitantes. Una fue hecha por su ministro fray Francisco Pérez de Huerta en 1619. Recorrió toda su doctrina en compañía del justicia mayor de Guazamota, Jerónimo Román, y un soldado. Los lugares visitados fueron —por este orden— Xalpa, Peyotitlán, Hueimixtla, Nextlapa, Santa María del Puerto, San Miguel de las Palmas, Totolcoyota, San Antonio del Puerto, Nara y Tepoztitlán. A unas doce leguas de Guazamota alcanzaron el poblado de San Jerónimo, donde el jefe "nayarita" recibió el bautismo. Desde allí siguieron al pueblo llamado *Nayarita*, unas tres leguas de San Jerónimo: lo hallaron muy desolado y casi no se veían en él mismo mujeres jóvenes. Diecisiete leguas más adelante dieron en el pueblo de Muiza,³⁰ y dos leguas después con el de Tameta. Ninguno de ellos llegaba a tener cien habitantes y Nayarita tenía menos de doscientos. Añade que durante el recorrido edificó trece iglesias —evidentemente simples capillas— y puso indios que enseñasen la doctrina.

La segunda de estas relaciones es de 1623 y se debe a fray Rodrigo de Obantes, quien fue uno de los seis enviados a las serranías después de la guerra —según queda ya dicho— para ofrecer el perdón y la paz a los huidos. Residían entonces en Guazamota dos doctri-neros, ambos con sínodo o salario de la Real Hacienda. La tierra —escribe el padre Obantes, como lo haría después Arlegui— era pobre, plagada de mosquitos y hormigas, con animales ponzoñosos, y estaba mal comunicada. Si bien había un río con mucho pescado, era imposible utilizar sus aguas para riego. Por todo ello, el pueblo se hallaba medio despoblado, contando sólo con cincuenta habitantes. Distaba treinta leguas de Acaponeta, treinta y ocho del valle de Súchil y cincuenta de Durango. Comprendía los siguientes pueblos: Muruata, Tepoztitlán, San Antonio, San Francisco de Exucar, San Bernardino de Nara, Totolcoyota, La Trinidad de Picotitlán, San José de

²⁹ BN, México, *Archivo Franciscano*, caja 11. En esta información de 1622-1623, fray Juan Larios, guardián del convento de San Luis Potosí, señala entre las nuevas fundaciones posibles, una "en el Nayarit", cerca del convento de Guazamota" (caja 11, expediente 173).

³⁰ BN, México, *Archivo Franciscano*, caja 11, expediente 171. 1. En una información de 1626 se menciona el pueblo de San Francisco Muça, que los franciscanos administraron desde Acaponeta. Quiviquinta y Huaxicori (AIA. 34, 1934, 484, 486).

Huimíztla, Santiago de Huitlán, Juameta o Inameta, Tzapotitlán, San Miguel, San Buenaventura de Xalpa, San Diego de Nextalpa, San Juan del Tambor y Tecpatotlán. Prescindiendo de pequeñas variantes en la transcripción de algunos nombres, se ve que en su mayoría coinciden con la relación de 1619 por el padre Huerta, pero aparecen algunos pueblos nuevos. De Huitlán dice el padre Obantes que era "pueblo agora nuevamente congregado", tenía cuatrocientos habitantes y era la primera vez que lo visitaba el misionero. En total, la doctrina tenía 1 115 habitantes.

En el nuevo reino de la Nayarita [se lee en la *Relación*] hay lindas llanuras, tierra fría de poca agua, a propósito para cualquier cosa, de pocos árboles frutales; si no son zapotes, tunas y magueyes, no tienen otra. Hay catorce leguas de Guazamota al sur, tierra de muchos pinales. Tiene este reino veinticinco rancherías, y hay por toda la gente, numerada por mí mismo, personas ciento veinte indios de arco y flecha, de suerte que por todos, chicos y grandes, 350 personas. Cristianas no llegan a una docena.

Añade que su rey era don Gaspar de San José, cuyo hijo se llamaba Juan de Alvear, porque siendo don Juan de Alvear gobernador había sido bautizado.³¹

5. *La entrada del padre Arias (1672)*

Hubo, como se ve, un constante propósito de cristianizar la zona "huicot", cuya última meta parece haber sido la penetración hasta el centro de la sierra del Nayar. Hay incluso indicios de que los franciscanos intentaron utilizar las bases que tenían en la parte occidental del territorio "nayarita" para la evangelización de California, que ellos venían buscando desde hacía más de un siglo. Hay una oscura frase en Vetancurt que lo hace pensar, y de hecho algunos misioneros que actuaron por entonces en las fronteras del Nayar aparecen también relacionados con las expediciones californianas del siglo xvii.³²

³¹ BN, México, *Archivo Franciscano*, caja 11, 171. 8.

³² Vetancurt, *Crónica*, tratado v, capítulo 1 ("De la entrada que se hizo a las Californias y las que han proseguido"), escribe (n. 12): "Después, el año de 1667 fueron enviados los reverendos padres fray Juan Caballero Carranco, lector jubilado, y el padre fray Juan Bautista Ramírez; y aunque se hizo fruto, por falta de bastimentos en la provincia de Nayarit convirtieron, y hoy permanece por la provincia de Guadalajara". Al padre Ortega (*Apostólicos afanes*, capítulo 4) le pareció que el párrafo no hacía sentido, y con razón; pero Alegre (*Historia*, III, 294-95; IV, 281) acepta el testimonio de Vetancurt, por hallarlo "muy conforme a los antiguos manuscritos y relaciones de aquel tiempo". Sólo que esto no habría sido en 1667, como dice Vetancurt, sino en 1668. Véase también Tello, libro II, capítulo 148, y libro IV, capítulo 26; Torres, capítulo 17.

No se sabe, sin embargo, que estos proyectos hayan alcanzado algún resultado práctico. Pero sí lo tuvieron los nuevos intentos que los franciscanos siguieron realizando para llegar al corazón del Nayar. Uno de los principales comenzó con el envío, en 1656, de fray Antonio Arias como cura doctrinero de Acajoneta. Antes había servido allí por tres años como vicario. En sus visitas a los pueblos de aquella doctrina había encontrado con frecuencia a indios serranos, y también recogió noticias de algunos españoles y mestizos. Un día se decidió a subir a la sierra, llegando hasta el río San Pedro y a una rancharía que parece haber sido Saycota. Encontró otras rancherías y poblados dispersos, de indios y cristianos apóstatas, dóciles y de ánimo corto; no pueblos formados. Esto era durante sus tiempos de vicario. Después, ya cura doctrinero, renovó estos contactos y alcanzó territorio propiamente nayarita. Una de estas entradas debió tener lugar entre fines de 1671 y principios de 1672, pues en febrero de este año dio cuenta de la misma al superior mayor de la provincia de Jalisco, fray Juan Mohedano. Éste pasó el informe al comisario general de la Nueva España, fray Francisco de Treviño, quien por carta del 17 de julio de 1672 mandó al padre Arias que continuase sus entradas al Nayarit y que le informase sobre dichas misiones. Así lo hizo desde Acajoneta el 26 de marzo de 1673. Esta relación fue publicada ya en parte por Santoscoy, al parecer según una copia no muy correcta. Recientemente la publicó Gutiérrez Contreras, según el manuscrito original.³³

Voy a intentar una síntesis de su contenido. La sierra de Nayarit —escribe el padre Arias al principio— se extiende desde el pueblo de Tonalisco, “visita del pueblo de Xalisco”, hasta el pueblo de San Juan el Viejo. “Hase recodo, el cual habitaban los indios que se levantaron ahora hace treinta y cuatro años, poco más o menos, que eran feligreses de la doctrina de Xalisco, como de los pueblos de San Luis de Pochotitlán, Alica y Tonalisco, y algunos de la doctrina... de la Asunción de Xala, como de Trapotán y de Santa María”. Un indio viejo le dijo al padre Arias que aquel alzamiento había sido promovido por un indio llamado Juan Poroto, del partido de Colotlán, el cual “habiendo quemado una iglesia y convento en aquel partido, se vino huyendo por una hacienda que llaman Escobedo al pueblo de San Luis, de la doctrina de Xalisco”, y los movió a levan-

³³ *Los coras y el rey Nayarit*, p. 219-241. La *Relación* del padre Arias se conserva original en BN, México, *Archivo Franciscano*, caja 49, expediente 1063. I. Con razón dice Gerhard que “es la fuente más detallada que yo haya visto sobre la situación anterior a la conquista” (p. 114, columna 2). Está dirigida al padre fray Francisco de Treviño, comisario general de la Nueva España, 1671-1677, quien se preocupó mucho por las misiones de infieles. El padre Arias aparece nombrado cura doctrinero de Acajoneta en 1665, y en 1671 fue elegido custodio provincial (Archivo Provincial de Jalisco, *Libro de Decretos*, III, f. 123 v. y 168).

tarse contra los españoles; pidió ayuda a los coras nayaritas, pero no se la dieron, "por ser política suya no ofender a los españoles". Fracasado el intento de alianza con los coras, se arrimaron los alzados a los chimaltepecos y a los ixcatecos, "los cuales, por ser de su mismo idioma, les admitieron".³⁴

El mismo viejo dijo al padre Arias que de aquellos alzados no quedaban sino catorce, por haber muerto el resto. Sus descendientes habitaban aquel territorio y eran gentiles, aunque se les agregaban apóstatas de continuo. Serían unos cien, sin las mujeres y los muchachos, "la cual nación —añade el padre Arias— se ha presumido mayor por estar inmediata a los coras, con quienes no se mezclan ni tratan, por distintos en nación e idioma, y de más belicoso natural". Estos alzados habían asaltado en 1657 la hacienda de Chilapa, siendo alcalde mayor el capitán Miguel de Contreras, y también la hacienda Mexiquillo, del capitán Juan de Parada y Mendoza. Sobre los motivos del alzamiento escuchó Arias versiones no concordantes. "Quien podrán dar razón de esto —añade— si acaso la ha inquirido, es el padre predicador fray Sebastián de Villanueva, que redujo algunos de ellos, y el muy reverendo padre provincial fray Juan de Agudo vería por la parte que subió a la sierra; de los cuales he tenido noticia fueron bautizados por mano de su paternidad muy reverenda hasta número de veinte y dos o veinte y cuatro."³⁵

Calculaba el padre Arias que la "sierra" tendría unas cuarenta leguas de largo por cincuenta de ancho: el largo medido de oriente a poniente. Aunque esto quizá se refiera solamente a los "coras nayaritas" —como él los llama siempre— pues no es posible identificar los puntos geográficos que nos ofrece. A continuación dice que toda la región estaba dividida en cuatro "provincias": 1) la de Hahuanaica, al oeste, regada por el río San Pedro; 2) la de los chimaltecos e ixcatecos, con los cuales convivía la nación xanuca, "que por otro nombre llamaban hueitzolme, todos los cuales hablan la lengua thequalme, aunque difieren en algunos vocablos"; 3) Tzacaimuta o "casa de Nayarit", que regaba el río Taxicoringa, "que viene del norte

³⁴ Fray Juan de Agudo, cuyo testimonio invoca el padre Arias a propósito de esta rebelión, aparece en 1646 como predicador del convento de Sayula, pero no he podido averiguar cuándo fue ministro provincial de Jalisco, como dice Arias.

³⁵ Véase la nota anterior. Acerca de fray Sebastián de Villanueva escribe Ornelas, hablando de la misión de Santa Fe en 1669: "Era provincial el M. R. P. fray Juan Mohedano, y avisó y dio patente de misionero del Nayarit al padre predicador fray Sebastián de Villanueva, el cual había ayudado a la conversión de los gentiles de esta tierra, y mediante esto, aunque al rigor de mil calamidades, y con ropa y sustento que les daba a los indios, de lo que el R.P. Mohedano le enviaba, sacó trescientos indios y tundó, día de la Santísima Trinidad, esta misión de Santa Fe, que hasta hoy permanece: su sitio es sobre la misma sierra, en lugar, como la de San Blas, áspero, infructuoso y de contrario temperamento a la salud" (*Crónica*, capítulo 8).

y entra en Guainamota el Viejo", para unirse al río grande llamado Nexatengo; 4) la provincia de Mimbres, hacia el oriente. Toda esta región abarcaba unas ochenta leguas, "antes más que menos", y era parte de la Sierra Madre. El padre Arias la cruzó dos veces. Anduvo por el sector tepehuano, "que se boguea esta nación cora nayarita, y por medio de ella he llegado hasta el río de San Pedro, y por la parte del norte hasta la última ranhería que llamaban Sahuacora". Visitó asimismo la provincia de Tzacaimuta o "casa del Nayarita" mencionando varias de sus ranherías, lo mismo que la "laguna grande y hermosa, con una isleta en medio y en ella un singular y hermoso pino". Se encontraba junto a una ranhería llamada Nacuta. En cuanto a los chimaltitecos e ixcatecos —observa el padre Arias— algunas de sus ranherías estaban reducidas dentro de la doctrina de Ayotuxpan, en los pueblos de Santa Fe y la Marca; otras se extendían "por la fimbria de la sierra hasta enfrente de Tequila, donde es beneficiado el licenciado Marcos de la Peña".³⁶

Por lo que respecta al número de habitantes, el siguiente párrafo nos dice algo de cómo nuestro misionero hizo sus cálculos:

Es sabido por personas que se han hallado en sus fiestas que en la provincia de Huahuanica se juntan en el baile principal más de 1 000 personas varones, sin contar las mujeres ni los muchachos. En la de los chimaltitecos, de 400 a 500 varones. Y en la de Tzacaimuta, más de 1 500. . . ; con que, reducido el número de la gente y preguntados algunos que se expresan según sus rústicas capacidades, dicen que será el número de estos indios como el de los que ocupan la medianía desde el real y minas del Rosario hasta comprender toda guardianía de Xalisco.

Estas minas estaban, como es sabido, en Sinaloa. Arias estimó que podrían ser de 12 000 a 13 000 personas, de indios solos, sin contar los forajidos de toda clase que buscaban allí refugio, más algunos mestizos, mulatos y esclavos. Advierte que en la provincia de Mimbres —de la que también menciona varias ranherías— los habitantes eran muchos más que las casas, porque cada casa solía albergar a una familia grande. Esta de los Mimbres era gente trabajadora, y lo mismo la de Tzacaimuta. Tenían sus milpas y árboles frutales (duraznos, membrillos, plátanos, tunas); sembraban maíz, camote, frijoles; pescaban mucho y cogían mucha miel. También hacían vino de mezcal. Había arrieros, "y me han certificado —escribe Arias— que hay indio que tiene cien mulas de recua. Los más tienen caballada y algunas manadas aburradas, y los que vienen entre nosotros cual

³⁶ Es decir que estos indios vivían dispersos por toda la frontera sur del Nayarit. De los poblados que menciona el padre Arias ninguno aparece en la obra de Gerhard, lo cual significaría que fueron reducciones insignificantes o pasajeras.

trae cinco cual ocho mulas". Se decía que había minerales, y de hecho halló muchos adornos y aderezos. Tenían asimismo sastres, herreros y carpinteros. Para salir se vestían pobremente, pero dentro andaban bien vestidos. Los chimaltitecos y los de Huahuanica eran más pobres.

El padre Arias no identifica a los indios que hoy llamamos huicholes, pero sí a los coras nayaritas. Estaban éstos rodeados por la

nación tepehuana, la cual empieza desde un pueblo que llaman San Joseph, de esta doctrina de Acaponeta, y luego se sigue Chivichinta, Milpillas Grandes... Mezquital, Santa María Ocotán... San Antonio Guasamoto... y Mextalpa, hasta donde está la cruz que, como tengo dicho, divide los dos bandos. Esta nación cristiana y los dichos pueblos cercan desde el norte a los de los coras nayaritas, y por esta parte [escribía desde Acaponeta] está cercada por el reino de la Galicia. También he sabido [sigue diciendo el padre Arias] que salen al valle de Súchil, a la Poana y a otras labores de aquel reino, a trabajar... y a los reales de minas como Zacatecas, Sombrerete, que por allá les llaman tepecanos, que quiere decir serranos.³⁷

Estos coras nayaritas habían sido cristianos al principio de la conquista, según la tradición recogida por el padre Arias. Los serranos de la rancharía de Tzacaimuta —que es la casa del Nayarita— decían que su jefe de entonces salió a verse con un capitán español cerca de Xuchipila. Fue bautizado con el nombre de Francisco Nayarit, y posteriormente lo fueron también su hijo, su nieto y su biznieto; después de este último, que se llamaba Luis Uristi, dejaron de ser cristianos. Pero la mayoría de los actuales descendían de cristianos, habiendo sido sus principales apóstoles fray Pedro Gutiérrez y fray Francisco de la Fuente, "que hasta hoy es venerado de algunos naturales por los prodigios que le vieron hacer".³⁸ Estos dos franciscanos habían fundado hasta catorce pueblos, de los cuales subsistían aún siete. Cabe deducir, sin embargo, que no tenían asistencia religiosa

³⁷ La Poana, Lapuana o La Puana fue una región muy nombrada en los orígenes de la Nueva Vizcaya. Tuvo cierta dependencia de la ciudad de Nombre de Dios, que ya en 1570 seguía pleito con su "regidor" y vecinos, a causa de que no acudían a los servicios religiosos (BN, México, *Archivo Franciscano*, caja 11, expediente 160.1). En este proceso se le denomina "Valle de la Puana". El padre Arias no parece haber entrado en contacto con los huicholes.

³⁸ La frase entrecomillada es del padre Arias. Sobre el padre Pedro Gutiérrez trae muchas noticias Tello. En el libro cuarto, capítulos 31, 32 y 34, refiere en particular a lo que hizo en las fundaciones de Guaximic, Ayotuxpan y Huaxicori. También tuvo parte notable en la restauración de Guainamota, de que se habla largamente en el libro segundo. Del padre Francisco de la Fuente o Fuentes se ocupa en el libro II, capítulo 287 y en el libro IV, capítulo 34.

permanente, pues Arias no alude para nada a una circunstancia tan importante. Lo que escribe es que, según informes que recogió por allí, fray Francisco de la Fuente había hecho una segunda entrada a la sierra, durante la cual falleció en el pueblo de Picachos.³⁹ Por su parte, fray Blas de Mendoza había fundado el pueblo de San Blas en el curato de Ayotuxpan, y fray Bernardino Guerra el de San Miguel Tzapala con apóstatas reconciliados, "en donde administré yo [añade el padre Arias] algunas veces, estando en la doctrina de Huaxicori, y no era pueblo corto. Ahora siete años se volvieron a la sierra, y si esto ha sucedido en tan breve tiempo, cuántos se volverían cuando el alzamiento grande..."⁴⁰

Eran pueblos de la guardianía de Acaponeta. Arias enumera (folios 15-15v) estos pueblos y las naciones a que pertenecían, lo mismo que los restantes de Tierra Caliente. Ésta se hallaba limitada al oriente por la sierra y al sur por el mar, en una anchura máxima de diez y ocho leguas y menos en algunas partes, "por las cabezas de aguas que derrama el mar en marismas y esteros; y desde un pueblo que hace a la parte del norte, en la cima de las sierras, llamado San Juan Milpas Grandes, visita de la doctrina de Huaxicori, hasta otro pueblo llamado Talxocotán, y por el idioma de su nación viriteca, lugar de piedra lumbre, que es el último en este plan de tierra caliente hacia el sur", había sesenta y cinco leguas. En toda esta región se contaban hasta cuarenta y cinco pueblos de indios naturales, muchas estancias de españoles y ranchos o laborcillas de indios. Talxocotán era visita del convento de Xalisco.

Nos da, por último, el padre Arias la lista de las "reducciones" que había organizado en la sierra de Nayarit. Fueron las siguientes: 1) San Cristóbal de Pihua; 2) San Francisco de Quare; 3) San Antonio de Nacaspilota; 4) Santa Cruz de Hueholota, y 5) Limpia Concepción de Tzaicota o Saicota. En todas había dejado catequistas. El progreso era lento, debido a la rudeza de los naturales. Se necesitaban otros dos "ministros", uno en Saicota y otro en el pueblo de Santa Fe, "por la parte donde asiste el padre fray Sebastián de Villanueva, y que éstos vayan ganando terreno hasta reducir nuevas rancherías y después poniendo ministros en lo ganado".⁴¹

La organización sociopolítica de los nayairtas le pareció muy primitiva. No halló que tuviesen rey o señor natural. Reconocían al antiguo Nayarit ya muerto, pero sólo como especie de oráculo o dios. En la "Casa del Nayarit", en Tzacaimuta, se reunían para las grandes

³⁹ Tello, libro II, capítulo 287, dice que murió de sed durante una excursión a la sierra de los coras. Lo enterraron en el convento de Guaxicori. Fue en 1628.

⁴⁰ Es evidente el error de Ornelas (capítulo 18) —o quizás simple errata de amanuense o de imprenta— al escribir que San Blas fue fundado en 1546.

⁴¹ ¿Qué entendía Arias por "ministros"? Supongo que sacerdotes. Pero se trataba de algo futuro, pues que en los pueblos fundados sólo dejó catequistas.

ocasiones. Allí conservaban el cuerpo enjuto del viejo Nayarit, sentado en torno a una mesa junto con los cadáveres de sus tres primeros descendientes cristianos. El padre Arias expone con cierta extensión (folios 7v, 14) las creencias y ritos de los nayaritas, donde es fácil descubrir reminiscencias cristianas.

Como era lógico, los franciscanos hicieron llegar a España la noticia de estas nuevas conversiones. Hay una real cédula de 15 de septiembre de 1673 en que se piden informes sobre las mismas al presidente de la Audiencia de Guadalajara. La respuesta parece estar en el "Informe que hace el presidente de la Real Audiencia de Guadalajara al rey en favor de la provincia y nueva conversión de Nayarit", documento sin firma ni fecha, pero de cuya autenticidad no puede caber duda.⁴² En este documento se encuentra una descripción de la sierra de Nayarit que coincide en sustancia con la del padre Arias. La región había sido desde antiguo un refugio de indios indómitos, y ahora —añade— lo era también de ladrones y huidos de la justicia (indios cristianos, españoles, mestizos, negros y mulatos). Lo extraño es que las reducciones que dice haber sido erigidas allí son distintas de las mencionadas por el padre Arias, excepto en el caso de Saicota. Según el informe de la Audiencia —que se basa en datos suministrados por el provincial padre Mohedano— los pueblos fundados en Nayarit eran solamente cuatro: el mencionado de Saicota, La Marca (formado por indios apóstatas, negros y mulatos), Santa Fe (de gentiles nuevamente convertidos y bautizados, a veinte leguas del centro de la sierra) y San Blas, todavía "más fuera de la sierra". Se trataba probablemente de pueblos muy primitivos, no formalizados. En los registros oficiales de la Provincia franciscana de Jalisco no aparecen con misionero asignado de manera permanente. Sólo consta que permanecieron los de San Blas y Santa Fe, cuya fundación era anterior a la entrada del padre Arias.⁴³

6. *Conquista del Nayarit*

Si bien con estas expediciones no se logró el establecimiento de puestos misionales permanentes en el interior de la sierra, se logró, sin embargo, ensanchar el conocimiento de la región y de sus gentes, anudando con éstas lazos de cierta confianza y aun amistad. Porque no debe olvidarse que fueron expediciones realizadas en forma pacífica, sin acompañamiento de fuerza armada; incluso los intentos de asentarlos fuera de la sierra, en tierras más fértiles y prometedoras, se hizo con el consentimiento de los indios, valiéndose principalmente

⁴² Se conserva en BN, México, *Archivo Franciscano*, caja 12, expediente 183.1. Probablemente es uno de los informes mencionados en la nota 22.

⁴³ Ornelas, capítulo 18.

de la persuasión y del halago. Estos intentos tuvieron un éxito limitado, porque era cosa bien difícil arrancar a los nayaritas de sus barrancas. Sin embargo, algunos de estos pueblos lograron mantenerse en la periferia de la sierra, y como los nayaritas habían dejado allí parientes y amigos, y seguían relacionándose con ellos, su ayuda para la penetración definitiva y el asiento de misiones tuvo que ser importante.

Es muy verosímil, casi seguro, que continuaron las entradas de franciscanos al interior de la sierra, desde los varios conventos que la rodeaban. Aquel objetivo misionero continuaba vivo.⁴⁴ Pero las próximas tentativas de que hay noticia pertenecen ya al siglo xviii. El cronista Ornelas, que escribía en 1719-1722, les dedica parte del capítulo veinte de su obra.⁴⁵ La primera parece haber sido más bien una visita pastoral realizada por el ministro provincial fray José Pedraza, quien entró con otros cuatro religiosos, "trasegaron toda la sierra —escribe Ornelas—; en la travesía no hallaron indios porque era tiempo de secas, que es cuando salen a comerciar, y asimismo porque ya hay pocos". Entre estos franciscanos figuraba fray Antonio López de Guadalupe, quien después fue celoso e ilustrado obispo de Comayagua en Honduras. Dice Ornelas que esto sucedió en 1705, pero está ciertamente equivocado, pues el padre Pedraza no fue elegido ministro provincial de Jalisco sino hasta marzo de 1707. La expedición tuvo lugar en 1709. Llegaron más allá de Guainamota, pero los nayaritas terminaron por cerrarles el paso.⁴⁶

⁴⁴ Aunque parezca extraño, ni Ornelas ni Torres, continuadores de Tello, hacen mención del padre Arias, ni adelantan la historia de estas misiones mucho más acá de donde la dejó Tello. Ornelas, sin embargo, menciona posteriores intentos misionales de los franciscanos, tales como el de los padres fray José Pedraza y Nicolás Barreto en 1705, y otros varios cuyas fechas de entrada no indica. Lo mismo hace Torres (capítulo 14); pero ambos con mucha brevedad.

⁴⁵ Algunos aparecen también en Torres, capítulo 14: fray Pedro de Rivera, "que actualmente está visitando la provincia de Zacatecas" —escribe Ornelas, capítulo 20; fray Atanasio de Guevara —llamado Felipe por Ornelas— y José Oliván, que Ornelas ignora. Ornelas menciona asimismo a fray Nicolás de Anda, criollo de Teocaltiche, que "entró solo y sacó veinte familias con que pobló la misión de Tonalisco". Ortega (capítulo 6) dice que entró en compañía de fray Pedro Aparicio, "antiguo misionero de Coaguila". Por otra fuente sabemos que este último fue elegido guardián de Acaponeta en 1716 (Archivo Provincia de Jalisco, *Libro de Decretos*, III, s.f.).

⁴⁶ La elección del padre Pedraza como ministro provincial en Archivo de la Provincia de Jalisco, *Libro de Decretos*, IV, s.f., fray Nicolás Barreto fue entonces elegido custodio provincial; fray Antonio López de Guadalupe figura como lector de teología en Guadalajara. Ortega (capítulo 6) no menciona al padre Pedraza como miembro de esta entrada, sino que la hace constar de los siguientes: fray Pedro de Rivera, fray Nicolás Barreto, fray Antonio López de Guadalupe y fray José Oliván, "a quienes se agregó el reverendísimo padre fray Felipe Atanasio de Guevara, que por ser tan expedito en hablar

Acudióse entonces a un gran misionero de aquellos días: fray Antonio Margil de Jesús, fundador de los colegios de Propaganda Fide de Santa Cruz de Querétaro, Guadalupe (Zacatecas) y Cristo Crucificado de Guatemala. Margil, hombre eminentemente carismático, gozaba de enorme prestigio por su santidad y por las cosas extraordinarias que de él se contaban. Invitado por la Audiencia de Guadalajara a exponer su parecer sobre la empresa del Nayarit, informó acerca de la forma y los medios que se le ofrecían para la reducción de aquellos naturales (Guadalajara, 13 de enero de 1711).⁴⁷ A estas alturas, parece que prevalecía la convicción de que los obstáculos para la reducción del Nayarit no provenían tanto de sus naturales como de la caterva heterogénea de mestizos, indios apóstatas y otras gentes que, teniendo cuentas pendientes con la justicia, hallaban refugio seguro en aquellas inaccesibles regiones. En vista de esto, muchos defendían la necesidad de la conquista armada. Margil no aceptaba este método. Debían observarse —decía a la Audiencia— los medios “más propios para la suave introducción evangélica y los que su majestad en sus leyes tienen establecidos para convertir y reducir, disponiendo que siempre preceda la paz evangélica y los más suaves de la persuasión, porque estos nayaritas no son naciones numerosas ni intratables, sino desarmadas y sin hostilidad”. Se proponía entrar con un solo compañero “sin escolta ni cuidado de armas”. La ayuda que pedía del brazo secular era

un general perdón de delitos y muertes que hubieren hecho en cualquier tiempo los indios coras y nayaritas, y los que a ellos se hubieren refugiado, sean hombres o mujeres y de cualquier calidad que sean . . . ; o que se puedan salir libremente a las tierras de su nacimiento o de su antigua vecindad; que si fueren esclavos, teniendo como tienen tantos años de abstraídos del servicio de sus amos, o se den por libres o se procure con sus amos que se declaren tales, por haberse portado como libres por tanto tiempo.

Juzgaba también conveniente el padre Margil que a los indios “que se redujeren y estuvieren como buenos cristianos sujetos a la doctrina y buenas costumbres”, se les prometiese no ponerles alcalde mayor “ni otra justicia española, sino que el pueblo que se formase,

la lengua mexicana, podía servir mucho para la consecución de tan santos animosos intentos”. Al padre Oliván —sigue diciendo— le acometió un “peligroso accidente” durante el viaje, y hubo de interrumpirlo; pero los cuatro restantes continuaron, hasta alcanzar el río “Atenco”, una legua más allá del lugar “en que hoy está fundada la misión de N. P. S. Ignacio de Guainamota”, precisa Ortega. Allí les cerraron el paso los nayaritas. Parece un poco extraño que el provincial Pedraza haya abandonado el gobierno de la provincia para encabezar esta expedición, como dice Ornelas; prefiero la versión de Torres, según la cual esta entrada tuvo lugar “siendo provincial” el padre Pedraza.

⁴⁷ Ortega lo publica íntegro en el capítulo séptimo de su obra.

con su iglesia, tendrá su alcalde indio de ellos mismos, dirigiéndoles los padres misioneros en lo que convenga". Cita el ejemplo de California, donde practicaban esto los jesuitas con "buen efecto". Tampoco se permitiría la entrada en las nuevas reducciones o pueblos a mestizos, mulatos y negros, "sino los que a los misioneros les pareciere ser conveniente". Era el método que Margil había aplicado en las montañas de la Talamanca (Costa Rica) y lo practicaría poco después en Texas; en otras partes venía aplicándose desde mucho antes. Con este programa de paz salió Margil de Guadalajara (20 de marzo de 1711) y, siguiendo por Tlaltenango, San Luis de Colotlán y Huejuquilla, se dirigió a Santa María de Guazamota, que había escogido como base de entrada al Nayarit.

En Huejuquilla encontró a su compañero de misión, fray Luis Delgado Cervantes, y ambos continuaron hacia Guazamota. Desde allí envió Margil con dos indios una carta a los nayaritas anunciándoles su llegada y los propósitos con que se proponía entrar a sus tierras. Era el nueve de mayo. A los cinco días regresaron los mensajeros con la respuesta de los nayaritas: "ni querían ser cristianos ni tenían las armas católicas, que esto les persuadía su señor principal, que era un esqueleto que idolatraban de un indio nayarita".⁴⁸ Margil no se dio por vencido y el 19 de mayo, con su compañero de misión y cuatro indios, continuó su entrada hacia el interior de la sierra. Pero, como a unas tres leguas de camino, se vieron cerrado el paso por un grupo de nayaritas armados a los que no hubo manera alguna de convencer. Margil hubo de desandar su camino, regresando a Guadalajara. Allí presentó otro informe a la Audiencia sobre el modo como podría lograrse aquella reducción. Según resumen que Ortega trae de dicho informe, Margil se habría convencido de que era necesaria alguna clase de conquista armada —algún tipo de protección policiaca, que diríamos— para que fuese posible cristianizar a los nayaritas. Durante el resto del año 1711 y parte de 1712 siguió Margil en Guadalajara y en México los preparativos para una nueva entrada; todavía en 1713 estaba dispuesto a emprenderla. Pero la expedición fue postergándose y, al fin, Margil siguió otro camino: el de nuevas misiones en la zona del Río Grande y Texas.⁴⁹

La expedición armada tuvo lugar en 1715-1716 al mando del general Gregorio Matías de Mendiola, un rico hacendado del valle

⁴⁸ Así en Espinosa, *El peregrino septentrional atlante*, libro II, capítulo 18. Ortega lo trae casi con las mismas palabras, e incluso la traducción de la carta en que los dos enviados —Pablo Felipe y Juan Marcos— dieron cuenta de su misión al padre Margil (capítulo 7).

⁴⁹ Parece que nadie se preocupó de recoger el texto de este segundo parecer de Margil, que se dice aceptaba la necesidad de la entrada armada al Nayarit. Ortega (capítulo 7) se limita a resumirlo brevemente, en tono un tanto "militarista" que induce a la cautela en aceptarlo. Espinosa (libro II, capítulo 18, al final) dice que tenía a la vista un "tanto" de este segundo

de Súchil, que según Ortega tenía buena opinión entre los naturales. Llevó consigo al jesuita Tomás de Solchaga, quien era profesor en el colegio de Durango y conocía el idioma mexicano. A él debemos una interesante relación de aquella jornada, que publica Ortega. El padre Solchaga había salido de Durango el 29 de octubre de 1715 y vino a reunirse con el general Mendiola en su hacienda del valle de Súchil, donde se acabó de reunir la gente y de preparar lo necesario para la expedición. De allí partieron hacia Guazamota a través de la Sierra Madre. El cuerpo expedicionario estaba formado por treinta soldados españoles y cien indios, además del general Mendiola, su capellán y el padre Solchaga. Desde Guazamota, vieja doctrina franciscana ya tantas veces mencionada, enviaron dos indios amigos al Nayar anunciando su llegada: eran los mismos indios por medio de los cuales se había concertado la entrada y que les dejaran pasar. Los nayaritas fueron difiriendo su permiso con diversos pretextos durante veinte días, pero terminaron por abrir la puerta a los expedicionarios. Entraron éstos en enero de 1716, avanzando por etapas, y siempre bajo la vigilancia de los nayaritas, hasta un lugar que parecía la capital: una especie de mesa en forma de gran plaza donde los expedicionarios asentaron su real y los nayaritas les hicieron un grandioso recibimiento. La descripción del padre Solchaga recuerda la hecha antes por el franciscano padre Arias. Ahora como entonces, los nayaritas trataron de impresionar y asustar a los visitantes; en este caso con la exhibición de muchos guerreros, que hubieran sido un peligro real para los ciento treinta que llevaba Mendiola.

Cuando se les habló de dar la obediencia al rey de España, se mostraron prontos a ello, pero no a recibir la religión cristiana, por no enojar al sol —dijeron— a quien adoraban desde antiguo. Lo de la sumisión y obediencia, por otra parte, no parecía sincero, antes los nayaritas trataron de provocar a los expedicionarios y éstos tuvieron informes de que incluso pensaban en atacarlos. En vista de ello, regresaron a Guazamota después de unos días, y de allí siguieron a su punto de partida, el valle de Súchil. Como es fácil de comprender, la opinión que se habían formado sobre las perspectivas de reducir y cristianizar a los nayaritas no podía ser muy optimista. El padre Solchaga consignó su parecer en la mencionada relación: "No parece creíble —concluía— que de su voluntad se reduzcan, ni que la obediencia que dieron al rey nuestro señor, y han dado en otras ocasiones, pase de pura ceremonia fútil y vana." En vista de los daños que solían hacer en los pueblos vecinos, y de la acogida que daban a delincuentes y apóstatas, opinaba que había causa suficiente para ha-

informe, firmado por Margil y fechado a 10 de junio. Promete volver sobre el asunto, y así lo hizo (capítulo 19-20) pero se olvidó lamentablemente de transcribir el aludido informe. Tampoco lo conoció Enrique Ríos, su moderno biógrafo.

cerles “guerra muy justa” con los siguientes fines: 1) que entregasen a los apóstatas y criminales allí refugiados; 2) que no los admitiesen en adelante, y 3) que permitiesen la entrada de sacerdotes “que administren a los cristianos, *dejándoles a ellos libres en el punto de religión*”. Como se ve, no se trataba en modo alguno de hacerlos cristianos a la fuerza. Pero Solchaga defiende abiertamente el uso de la fuerza, mientras Margil la rechazaba en su parecer de 1711 y parece que la admitió, de alguna forma y de mala gana, en el parecer que dio después de su fallido intento de conquista pacífica.⁵⁰

Este método de conquista armada —o quizá sería mejor llamarla evangelización protegida— fue el que, al fin, hubo de aplicarse con los nayaritas. Pero antes se intentaron todavía otros medios, y esto un poco a iniciativa de los propios habitantes del Nayar. La situación se había hecho difícil para ellos; los pueblos fronterizos estaban cansados de sus latrocinios, y los de la costa del Pacífico decidieron defenderse a mano armada. En un encuentro derrotaron a los nayaritas y les hicieron algunos prisioneros. La enemistad declarada que esto provocó cerraba a los nayaritas el camino de la sal, junto con otras posibilidades de comercio. En este trance, determinaron consultar el caso con el cacique cristiano Pablo Felipe, quien había acompañado al padre Margil en la entrada de 1711. Residía, según parece, en el pueblo huichol de San Nicolás de Acuña (Colotlán) y era capitán de aquella frontera. Don Pablo Felipe puso a los nayaritas en contacto con don Juan de la Torre, que vivía en Jerez y tenía influencia entre los indios, incluso entre los mismos nayaritas. Como esto coincidió con el nuevo apremio que el virrey marqués de Valero (1715-1722) había dado a las autoridades de Zacatecas para la reducción de la sierra, el asunto comenzó a correr con renovado vigor. El astuto don Pablo Felipe logró que los nayaritas se presentaran en Jerez con su *tonatí* al frente; de allí pasaron a Zacatecas, donde fueron recibidos con extravagante boato. Prosiguiendo en la misma vena, persuadieron al *tonatí* para que se presentase en México y así lo hizo con veinticinco de sus súbditos. Las más altas autoridades y personajes —incluso el virrey y el arzobispo— se esmeraron en agasajarlos. Debió ser un espectáculo memorable para la capital virreinal, y es verosímil que para algunos haya tenido también un poco el aspecto de farsa. Pero los tiempos eran así y, por otra parte, si los nayaritas buscaban ahora protección, era lógico tratar de arrancarles, en con-

⁵⁰ Ortega (capítulo 8) copia esta relación y parecer del padre Solchaga. Es una carta dirigida al obispo de Durango, don Pedro Tapis, cuya representación llevaba en aquella entrada. Este padre Solchaga, que también se dedicó a la predicación popular, tenía ya de antes estrechas relaciones con el padre Margil y los colegios de propaganda fide. Era natural de Querétaro y su paisano Espinosa utilizó algunos de sus informes en el *Peregrino septentrional atlante*. Su relación está fechada en valle de Súchil a 25 de febrero de 1716.

trapartida, las dos concesiones tanto tiempo buscadas: obediencia a la corona y admisión de misioneros.

No escasearon las mutuas promesas y todo parecía marchar como una seda. Pero los nayaritas eran naturalmente suspicaces y los enviados a Zacatecas y México ni estaban bien firmes en su resolución ni seguros de la medida en que representaban a quienes habían quedado en la sierra. Ya en Zacatecas cincuenta de los que habían llegado con el *tonatí* se negaron a seguir hasta México. En la capital, el propio *tonatí* logró evitar que se le bautizase allí; prometió recibir este sacramento al regreso, en Zacatecas, pero buscó también un pretexto para no hacerlo. El *tonatí* sabía que no contaba en esta empresa con el apoyo de todos los nayaritas, quizá ni con la mayoría; y según parece, hasta temía por su vida. Es posible también que no fuese tan sincero como pudiera hacernos creer la prosa barroca y edificante del padre Ortega.

Sin embargo, parece que todos ignoraron estos síntomas, o pensaron que en el momento oportuno podría ser removido cualquier obstáculo. Los jesuitas aceptaron encargarse de las nuevas misiones, destinando para ello a dos misioneros: el padre Juan Téllez Girón, que se hallaba en México, y el padre Antonio Arias de Ibarra, veterano de la Nueva Vizcaya, que fue llamado de su misión de los chinarras (Chihuahua). Don Juan de la Torre recibió el título de protector de los indios del Nayarit y sus fronteras y se le concedieron los cien hombres de armas que solicitó. Con este rumbo salieron de México don Juan de la Torre, el *tonatí* y sus acompañantes nayaritas, junto con el padre Téllez Girón, que se quedó en Zacatecas, mientras los restantes seguían a Jerez. Los indios levantaron todavía nuevas dificultades y pretextos, hasta el punto de que el *tonatí* consiguió adelantarse sólo, con los suyos, a la sierra, después de prometer a don Juan de la Torre que, en cuanto llegase con sus soldados a las puertas de la sierra, se pasaría al campo español con toda su familia y partidarios. Cosa que no cumplió, como veremos.

Los cien soldados fueron reclutados en Zacatecas y Jerez durante los meses de junio y julio de 1721, y sin tardanza se puso en marcha la expedición. Iba en ella el padre Téllez Girón: el padre Arias de Ibarra salió poco después con el gobernador don Juan de la Torre, que había caído momentáneamente enfermo. El camino fue por Huejuquilla y tierras de Colotlán. Hubo que vencer otros obstáculos, debido a la recaída del gobernador durante la marcha y a las muestras de hostilidad que empezaban a dar los nayaritas, pero el 26 de septiembre fue posible mover el campo desde Huejuquilla. Cruzado el río Chapalagana, que iba muy crecido, subieron hasta un lugar llamado El Pinal, donde les esperaba la respuesta de los nayaritas, autorizando la entrada de los españoles. Acamparon por allí, en un sitio donde había un hermoso ojo de agua, que después se llamó El Ángel.

Al día siguiente siguieron hacia el centro de la sierra, en jornada penosísima. Cierta caballero comentó después —escribe el padre Ortega— que aquella tierra era buena sólo para apóstoles o para apóstatas. Pasaron a la vista de la Mesa del Tonatí y llegaron aquel mismo día al lugar que los nayaritas les habían señalado para alojarse. Allí no había nadie ni nada: ni una persona, ni una ramada, ni siquiera un árbol. Un bosque cercano resultó estar infectado de alacranes. En un cierto momento faltaron incluso los víveres. Era otro aviso de la mala disposición de los nayaritas.

Sin embargo, los dos jesuitas prepararon, con ayuda de los indios amigos, una capilla de ramas, y al día siguiente —4 de octubre de 1721, fiesta de San Francisco de Asís— fue celebrada solemnemente la primera misa en el corazón de la sierra. La primera en esta ocasión, por supuesto, pues otras habían sido celebradas en el curso de expediciones anteriores, como hemos visto. El día 5 celebraron de la misma manera la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, cuya imagen figuraba en el estandarte del cuerpo expedicionario. Mientras tanto crecían las señales de que los nayaritas preparaban alguna traición. Pidieron éstos al protector que fuese a verse con algunos de sus jefes, pero sin escolta de soldados; el pacífico don Juan de la Torre aceptó la invitación. Allí lo trataron con arrogancia, si bien ante su vigorosa reacción, supieron disimular y le despidieron con nuevas promesas de sumisión. A pesar de todo esto, De la Torre seguía pacientemente su política de persuasión, con gran disgusto de los dos misioneros que, según Ortega,⁵¹ juzgaban que “en estos casos en que se ha de sacar la cara para defender nuestra sagrada religión, aun antes que el secular, debiera manejar la espada el brazo eclesiástico”. Resentían también los dos misioneros que no les mantuviese informados de sus decisiones y movimientos. Para contrarrestar semejante “tibieza”, dispusieron que los indios amigos levantasen cruces en dos de las más altas cumbres de la sierra: los de Huejuquilla, una que dominaba la entrada a la Mesa; y los de Mezquitic, otra cerca de las rancherías de los nayaritas, la que fue destruida por

⁵¹ *Apostólicos afañes*, capítulo 13, p. 112, México, 1944. A partir de la entrada de don Juan de la Torre en 1721 contamos con otra fuente coetánea que debe utilizarse junto con la obra de Ortega: la *Historia de la conquista del reino de la Nueva Galicia* por Matías de la Mota Padilla, escrita en 1742. Dedicó el capítulo 90 a la campaña del Nayarit. Es mucho más sobrio que Ortega, menos barroco y verboso, pero con algún detalle y fecha que faltan en Ortega. Puntualiza, por ejemplo, que don Juan de la Torre fue nombrado el 10 de diciembre de 1720, por el corregidor de Zacatecas y teniente de capitán general allí, protector de los indios del Nayarit y sus fronteras; omite la fastuosa recepción de los nayaritas en México, pero expone las capitulaciones que el *tonatí* —a quien llama *hueytlacatl*— presentó y que fueron aprobadas por el marqués de Valero el 20 de marzo de 1721. Para los gastos de la entrada se destinaron 40 000 pesos, a más de los 450 de sueldo que gozaba el protector y 300 más de ayuda para que obsequiase a los indios.

éstos a vista de los soldados. Los síntomas de traición continuaban multiplicándose, al mismo tiempo que las profesiones de lealtad. El protector parecía optimista, pero los indios amigos desconfiaban de los nayaritas y actuaron por su cuenta. Sabiendo que algunos caciques se reunían todas las noches en una ranchería cercana a la Mesa, enviaron sus espías que se enteraron del plan de ataque que habían discurrido. Se trataba de caer sobre los españoles durante la ceremonia de prestación de obediencia al rey de España: debían ser todos aniquilados, menos los misioneros a quienes, sin embargo, se les obligaría a salir de la tierra. Al tiempo que los espías trajeron esta información, llegó otro aviso del capitán de guerra del pueblo de Nostic (Colotlán) previniendo al gobernador sobre el mismo peligro. Celebrado consejo de guerra, se acordó por unanimidad la retirada "de aquellos barrancos a campo abierto", según frase de Ortega. No pudo oponerse más el general y trasladó su campo a Peyotán, unas cinco leguas hacia el norte.

Era el 11 de octubre de 1721. Como el protector había sido más bien forzado a este movimiento, pues aún no estaba enteramente convencido de la traición de los nayaritas, las intrigas de los indios no cesaron. Don Juan de la Torre nadaba en un mar de dudas. Prometieron de nuevo los nayaritas que darían la obediencia, y en 19 de octubre se llegó a un acuerdo sobre el lugar donde este acto había de celebrarse. El 20 de octubre se puso en marcha el campo para dicho lugar, que se llamaba Coaxata. Otros incidentes sospechosos durante el camino no lograron quebrantar la confianza del general: en una ocasión le pidieron los nayaritas que les entregase al cacique Pablo Felipe, cristiano y fiel amigo de los españoles y uno de los más importantes jefes indios; ante la indignada oposición de todos los expedicionarios, De la Torre no se atrevió a considerar siquiera la posibilidad de tal entrega. Parece que éste fue el último ardid; una vez fallido, los nayaritas comenzaron el ataque. Se peleó con denuedo por ambas partes, pero el encuentro terminó con la derrota de los nayaritas. La batalla tuvo lugar en un sitio llamado Teaurite. La derrota causó asombro entre los vencidos, que daban por segura la victoria. Pero la mayoría se mantuvo obstinada, a pesar de las facilidades que para su reducción se les ofrecieron. Fueron retirándose hacia el interior de la sierra, fortificándose en torno a la Mesa. Los expedicionarios, por su parte, realizaron durante los próximos días algunas entradas a territorio enemigo; en una de ellas, fueron hechas prisioneras diez y siete personas, aunque de ellas sólo cuatro eran varones adultos, dos de ellos jefes. Los nayaritas no parecían dispuestos a rendirse. Muchos de los expedicionarios querían dar inmediatamente el asalto a la Mesa, pero otros opinaban que debían esperarse nuevas órdenes de México. Mientras tanto, en Peyotán, a donde había regresado el campo, se tomaron algunas medidas de defensa: dos torreo-

nes de piedra y lodo, una trinchera de palmas cerrando la plaza y medidas especiales de vigilancia en los cuarteles.

Por su parte, los misioneros consiguieron reducir en poco tiempo a unas cien personas y con ellas fue establecida misión en Peyotán, bajo el título de Santa Rita de Casia. Era la primera que se fundaba dentro de la sierra. La situación, sin embargo, no era segura ni prometedora. Los nayaritas filtraban al campo sus rumores de ataque, y parece que uno, cierta noche, consiguió llegar hasta la habitación del protector. Faltaban las provisiones. Una de las columnas de refuerzo se vio detenida en el pueblo de Tlaqualoyan por haberles matado los caballos durante la noche. Fue necesario pedir refuerzos a Zacatecas y Jerez, de donde vinieron dos columnas. Esto calmó el atrevimiento de los nayaritas, que ya no pensaron en atacar sino en defenderse en su reducto de la Mesa. La conveniencia de atacar esta posición volvió a tratarse en consejo de guerra, y al fin fue decidido que el ejército —doscientos cincuenta soldados, entre españoles e indios amigos— avanzase hacia aquel punto, no para atacar sino para requerir nuevamente a los nayaritas. Salieron de Peyotán el 2 de diciembre por la noche y alcanzaron en la madrugada los primeros puestos de los indios, que se alborotaron mucho. Al fin, bajó un grupo de ellos a conferenciar con otro de los españoles. Mientras estas pláticas duraban, algunos sugirieron que, dejando un piquete a la vista, el resto marchase rápidamente hacia la Mesa, que suponían menos defendida. La mayoría apoyó la idea, pero otros hicieron fuerte oposición y De la Torre no se decidió. El día 8 de diciembre de 1721 llegó de México la orden del virrey, relevando del mando a don Juan de la Torre y sustituyéndolo con don Juan Flores de San Pedro.⁵²

El nuevo jefe no tardó en utilizar una nueva táctica. Mientras enviaba repetidas embajadas a la Mesa, pidiendo la rendición, desplegaba sus fuerzas por varios lados de la sierra, con el fin de desorientar a los nayaritas. El 14 de enero de 1722 comenzó la marcha desde

⁵² Ortega, capítulos 14-16. Don Juan de la Torre era un hombre enfermo; ya había padecido durante la entrada varios ataques, que Mota Padilla identifica como de locura. Este mismo autor nos dice quién era Flores de San Pedro, a quien él llama Flores de la Torre. Poseía la hacienda de Tayagua en Jalisco y era quinto nieto del licenciado Diego Pérez de la Torre, segundo gobernador de aquella provincia. En junta de guerra del 8 de noviembre se había decidido sustituir a don Juan de la Torre con Flores de San Pedro, pero surgieron algunas dificultades para financiar su campaña; al fin, el 9 de diciembre, en vista de las noticias que llegaban sobre la rebelión en el Nayarit, se apresuró la marcha del nuevo gobernador. El 24 de diciembre salió hacia Nayarit, desde Villanueva, Gutiérrez del Aguila, en Juchipila, "con sesenta hombres armados a su costa, trescientos caballos, sesenta reses en pie, diez en cecina, veinte cargas de harina, diez de bizcocho, cien quesos grandes, dos cargas de jabón, seis arrobas de chocolate, cuarenta y cinco mulas de carga, veinte de silla y seis arrieros cargadores". Buen ejemplo de logística militar. El 5 de enero de 1722 estaba en Peyotán.

Peyotán hacia la Mesa, divididos los atacantes en dos trozos: uno que giró hacia el norte para acometer por el occidente y otro que lo hizo al sur para entrar por el oriente. Iba en el primer trozo el padre Antonio Arias, quien compartía, al parecer, el espíritu combativo del nuevo gobernador. El asalto final debía darse simultáneamente, pero se adelantó la columna del sureste al mando del valiente capitán Nicolás de Escobedo, la que alcanzó la Mesa el 16 de enero sin haber perdido un solo hombre y con sólo un soldado español y seis o siete indios amigos heridos. Al día siguiente, 17, llegó la columna que había venido por el norte y el oeste, mandada en persona por el gobernador. Mientras algunas partidas perseguían a los fugitivos, el gobernador y el padre Arias se dedicaron a visitar los adoratorios que se hallaban en un cerro próximo a la Mesa: uno en que se conservaban los huesos del Nayarit y otro dedicado al sol, que llamaban el "gran dios", donde se encontró una piedra jaspeada con la imagen del sol esculpida. Tanto esta piedra como los huesos del Nayarit fueron enviados a México, donde los huesos serían quemados, en la plaza de San Diego, el 23 de enero de 1723. No está de más el advertir, de paso, que el encargado de llevar a cabo esta ejecución póstuma del viejo Nayarit fue don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, entonces vicario general de los indios en el arzobispado de México, y hombre de particular ilustración. El resto de los símbolos religiosos hallados en la Mesa fueron allí entregados al fuego, con gran alborozo de todos, según atestigua el padre Ortega. Lo cual no deja de ser un testimonio interesante de la mentalidad que prevalecía todavía en fecha tan avanzada del siglo xviii.⁵³

Misiones jesuíticas

Aunque la sierra no podía decirse completamente pacificada, ya fue posible establecer misiones permanentes. Lamentablemente, había sido necesario para ello el uso de la fuerza. En la Mesa fue levantado inmediatamente un jacal de paja para que sirviese de iglesia, y allí celebró misa el padre Arias el 18 de enero de 1722. Fue la segunda

⁵³ Ortega, capítulos 17-19. La quemazón en la plaza de San Diego la narra al final del capítulo 19. Mota Padilla relata casi en la misma forma —con menos palabras pero mayor abundancia de fechas— la campaña de Flores de San Pedro, añadiendo que salió arruinado de la empresa, y que se hallaba "sin salud, cargado de hijos y baldado en una cama ha tiempo de tres años" (capítulo 90, al final). Otro relato de la conquista llevada a cabo por Flores de San Pedro fue insertado en la *Gaceta de México*, número correspondiente a febrero de 1722.

De Flores de San Pedro se conservan también dos cuadernos de "Autos... sobre la reducción, conversión y conquista de los gentiles de la provincia de Nayarit en 1722". Se conservan en AGN, *Indios*, vol. 98; el primer cuaderno fue publicado por Salvador Reynoso (Guadalajara, Editorial Font, 1964).

misión: Santísima Trinidad de la Mesa de Tonatí, capital del nuevo Nayarit. Poco después se fundó la de Jesús María, junto al río del mismo nombre, en lugar caluroso pero fértil, que escogieron los habitantes de la Mesa del Cangrejo. Éstos habían decidido no huir cuando el asalto de los españoles. Hacia el norte, en Quaimaruzi, fue a poblarse con su gente el cacique ya cristiano Domingo de Luna, levantándose allí otra misión bajo el patrocinio de Santa Teresa. Entre la Mesa y Quaimaruzi fue establecido otro pueblo-misión bajo el título de Santa Gertrudis, donde el padre Arias bautizó unos doscientos párvulos. Poco a poco se fue dando forma a estos pueblos y se fundó el de San Francisco de Paula, a orillas del río de Jesús María. Algunos más se erigirían después. Un importante triunfo, político y religioso, en aquellos primeros tiempos, fue la reducción del *tonatí*: él y sus cuatro hijos fueron bautizados solemnemente en el pueblo-misión de Jesús María, la más populosa de las existentes. Sin embargo, la situación pobladora y misional era todavía muy precaria. Y en este punto, el gobernador Flores se ausentó a sus haciendas (12 de marzo de 1722). Había estado en el Nayar poco más de dos meses. Dejaba establecido un presidio en la Mesa con dos torreones y otra fortificación en Santa Gertrudis, pero guarniciones muy cortas. Pronto hubo una sublevación que casi llegó a ser general. Por fortuna, el gobernador regresó pronto, y además llegaron otros dos misioneros jesuitas: los padres Juan Bautista López y José de Mesa. Este último pasó como ministro al nuevo pueblo-misión de San Ignacio de Guainamota, fundado con indios que se habían huido al pueblo de Huaximic. Fue establecido allí otro presidio. Como resultado de una expedición armada que hizo el gobernador a la nación de los tecualmes, vecinos y amigos de los coras, y con algunos sacados del pueblo de Tonalisco, se formaron otros pueblos a una y otra parte del río de San Pedro: San Juan Bautista y San Pedro. A éstos se agregó después el de Nuestra Señora de Tacualoyan. En 1723 existía también el pueblo-misión de Santa Rosa, al que fue destinado uno de los misioneros que llegaron en dicho año: el padre Cristóbal Lauria.⁵⁴

Todavía en 1724 se produjo otra grave sublevación, que fue reprimida en forma que los misioneros juzgaron excesiva. Pero fue la última. Desde entonces, Nayarit, rodeado de presidios, fue tierra segura. Las misiones progresaron. Los misioneros eran ya cinco en 1724; en 1738 eran seis las misiones, algunas con varios pueblos de visita. En 1725 tuvo lugar la visita del brigadier Pedro de Rivera, cuyo fin

⁵⁴ Ortega, capítulos 21-25. Aquí termina la obra de Ortega, quien en realidad proporciona muy pocas noticias sobre las misiones jesuíticas. El último capítulo ("Descríbese el felicísimo estado en que hoy se halla esta reducción, apoyado con las disposiciones y pareceres de personas de grave autoridad, que le han visto con sus ojos") se reduce casi todo a ponderaciones de carácter genérico.

principal era la reforma de los presidios, que guarnecían cinco compañías, de las que suprimió tres. Por esta razón hace sólo una referencia genérica a los jesuitas que predicaban a los naturales —dice— “con el fervor de espíritu que acostumbran”; sin embargo —añade— los indios se mantenían en su gentilismo “hasta que su cacique principal, que se nombraba el *tonatí*, se bautizó luego que yo llegué a la citada provincia; apadrinélo para que recibiese el santo bautismo, y a este ejemplo lo siguieron muchos, con que fue el fruto que se logr por medio de aquellos apostólicos misioneros muy considerable y, según noticias, va en aumento la espiritual conquista”.⁵⁵ El obispo de Guadalajara, don Nicolás Gómez de Cervantes —quien se interesó mucho por otras lejanas misiones de su vastísimo obispado— hizo una visita a las de Nayarit en 1729 y, según escribió a los superiores de la Compañía, quedó asombrado de su rápido progreso.⁵⁶ El padre Ortega recoge estos testimonios en el último capítulo de su obra —que parece reflejar la situación hacia 1750—, pero lamentablemente no añade nada nuevo fuera de sus acostumbradas ponderaciones. Tampoco les han dedicado mucha atención los historiadores posteriores de la Compañía. Alegre, que debe haber utilizado los archivos de la Orden, no va mucho más allá que Ortega, aunque lo dice con estilo más sobrio; y Decorme se basa fundamentalmente en Ortega y Alegre. Sería muy interesante el disponer de informes concretos, y más si fueran de origen independiente.

Los modernos editores de Alegre —Burrus y Zubillaga— señalan algunas de las fuentes conocidas. Los mismos autores acaban de dar a conocer dos informes de jesuitas, ambos de 1745 (Burrus-Zubillaga, *Misiones mexicanas de la Compañía de Jesús, 1618-1745*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1982). El primero es muy corto (p. 276-279) y se debe al padre José Javier García, quien la firma en la misión del Rosario de Atauchtitán el 3 de octubre de dicho año. Había sido fundada primero en San Juan de Corapa con indios del pueblo de San Pedro Ichcatán, a quienes el capitán Luis de Ahumada —que en 1722 entró a la sierra desde el poniente— reunió primero en el pueblo de Santa Fe, administrado por los franciscanos, y después asen-

⁵⁵ *Diario y Derrotero*, p. 34. Hay una edición mejor, con introducción y notas, por Guillermo Porras Muñoz (México, 1945). En el vol. 85 de *Provincias Internas* (AGN) se conserva copiosa documentación sobre la visita de Rivera, lo mismo que una exposición del padre Ojeda y otras noticias, especialmente acerca de las misiones de los jesuitas.

⁵⁶ Ortega (capítulo 25) trae párrafos de una carta que el obispo escribió al provincial de la Compañía, padre Juan Antonio de Oviedo. No indica fecha ni de la carta ni de la visita, pero la *Gaceta de México*, en su número correspondiente a diciembre de 1729, da la noticia de que el obispo había salido para el “Reyno del Nayarit”, habiendo llegado ya a Tepic. En marzo de aquel mismo año, 1729, había regresado a Guadalajara, después de una ausencia de catorce meses, empleados en la visita del norte y noroeste de la diócesis.

tó como siete leguas más al este, a orillas del río de San Pedro. Cuando poco después, en 1724, se sublevaron los coras, muchos se refugiaron en Corapa, y con parte de ellos fue establecida la misión de El Rosario, en las márgenes del mismo río, a unas siete leguas de distancia. En 1740 había sido trasladada al lugar actual, más cerca de Corapa. El segundo informe, también de 1745, se refiere a la misión de Santa Teresa de Guaimaruzi y fue escrito por el padre Jácome Doye, quien había pasado a dicha misión desde la Tarahumara en 1729, como su primer ministro hijo. Narra largamente sus destrucciones de ídolos y adoratorios paganos, y de sus luchas contra las supersticiones y los brujos. El ministro de Guazamota, un franciscano llamado fray Manuel Fernández, había venido un año a celebrar con el padre Doye la fiesta de San Miguel y ambos subieron a la Mesa con el fin de salvar la vida —lo que lograron— a cuatro viejos idólatras condenados por el comandante a ser quemados. En un pasaje menciona a los “guicholes” de San Andrés Cuamiata (p. 280-293).

En el *Boletín* del AGN publicó Edmundo O’Gorman (vol. x, 1939, núm. 2, p. 313-346) otros dos informes de procedencia jesuítica. Uno corto pero valioso del padre Cristóbal Lauria (Guadalajara, 10 de enero de 1727) y la “Breve relación” sobre lo acontecido en el Nayarit en 1729-1730, que escribió el padre Urbano de Covarrubias. El padre Lauria nos da ya el número de diez misiones, que se mantuvo generalmente, aunque algunas cambiaron de lugar o de nombre y otras fueron más bien pueblos de visita que misiones propiamente tales. Las enumera así: Ichcatán, El Rosario, Dolores, Guainamota, Santa Rosa, San Francisco de Paula, la Mesa, Santa Teresa, Jesús María y Peyotán. Las de Guainamota, Ichcatán y Peyotán “fueron sesenta años ha de los padres franciscanos”, escribe, y más adelante añade: “Están nuestras misiones rodeadas de los padres franciscanos: en el poniente, la de Tonalisco y San Diego y la de San Juan; entre poniente y norte, la de San Blas y San Buenaventura; al norte, cae la misión de San Francisco de Ocotán; entre norte y oriente están las de San Lucas, San Antonio y Guazamota; al oriente, las de Hue-xuquilla y San Sebastián; entre oriente y sur, la de Guaximiqui”. Lauria critica las disposiciones del visitador don Pedro de Rivera (1725) en particular la reducción de presidios y escoltas, las cortapisas puestas a los misioneros para controlar a los soldados. Pedía también que se pusiesen dos canoas, “una en el río de Guadalajara el Santiago en la puerta de Guainamota, y otra en el río de Atengo, en la puerta de Huexuquilla”. Esto, entre otras cosas, decía de Nayarit, “donde viví tres años, lidiando con sus moradores y los soldados; donde experimenté tres alzamientos; trasegué todas sus sierras y barrancas; registré todas sus misiones; reconocí sus temperamentos, lo que no podrá decir quien su entrada fue por salida”. La tierra era

mala y difícil, los gentiles dóciles y cariñosos, los apóstatas malos, “y sacados éstos fuera del Nayarit, no estará la provincia al riesgo continuo de sublevarse”.

La *Relación* del padre Covarrubias, escrita en enero de 1730, proporciona muy interesantes noticias sobre la historia interna de la misión nayarita, en especial la resistencia de los indios y sus rebuscadas y astutas maneras de manifestarla. También dice mucho sobre sus creencias y supersticiones, y lo que hicieron aquellos primeros misioneros para destruirlas.

En la Bancroft Library, Berkeley (Mexican Ms. 1719, núm. 10) hay una carta del padre Salvador Ignacio Bustamante sobre las misiones de Nayarit. Está firmada en San Pedro de Thiscatlán. [sic] a 10 de octubre de 1745 (6 p.). Y bajo el núm. 23 del mismo manuscrito otra carta del padre Gregorio Hernaez al padre Ignacio Altamirano (México, 28 de febrero de 1746) avisándole del envío de informes sobre las misiones de Nayarit (2 p.).

En BN, México, *Archivo Franciscano*, caja 14, expediente 256. 1, se conserva otra carta del padre Jácome Doye (Quaimaruzi, 13 de junio de 1733) sobre la fuga de unos indios nayaritas, dentro del correspondiente expediente, que contiene —entre otros documentos— una carta del padre Ortega. La Biblioteca Pública de Guadalajara, *Fondo Franciscano*, vol. 50, t. 2, conserva un largo expediente sobre supersticiones y culto idolátrico en la misión de Dolores, 1755-1756, que merece estudiarse. Otro expediente —que parece interesante, aunque no he podido examinarlo detalladamente— se encuentra en el Archivo General de la Nación, *Provincias Internas*, vol. 85. Es de 1730, según lo indicado en la cubierta.

8. *Vuelven los franciscanos*

Al ser expulsados los jesuitas en 1767, sus siete misiones del Nayarit —al igual que casi todas las que administraban en América— fueron puestas al cuidado de los franciscanos, en este caso de la Provincia de Jalisco. Dichas misiones eran las de Santa Teresa, Jesús María, San Juan Peyotán, San Ignacio de Huainamota, San Pedro Iscatán, El Rosario y Mesa de Tonatí. Las administraban en dichas fechas siete jesuitas, uno de ellos, por cierto, el padre Andrés Cavo. Bajo los franciscanos, las siete misiones jesuíticas pasaron a formar una sola unidad jurisdiccional junto con las tres que ya administraban los primeros en los bordes occidentales del Nayarit: San Blas, Santa Fe y Tonalisco. A estas tres últimas se les conoció desde entonces como “Nayarit Viejo”, mientras las heredades de los jesuitas recibieron el nombre de “Nayarit Nuevo”.

No he logrado averiguar dónde se encuentran los inventarios de dichas misiones jesuíticas, que seguramente se hicieron —o debieron

hacerse— en el momento de ser entregadas a los franciscanos; pero es verosímil que se conserven todavía en algún archivo, quizá en el Archivo General de la Nación o entre los restos del antiguo de la Provincia de Jalisco, hoy en la Biblioteca Pública de Guadalajara. Pudiera ser interesante a este respecto el “Dictamen” del marqués de Rubí, que visitó Nayarit en enero de 1768. Lo he visto citado como existente en el ramo de *Historia*, vol. 51 (AGN), pero una reciente pesquisa no me ha permitido localizarlo bajo dicha signatura, ni en otros fondos del citado archivo. Sin datos objetivos como referencia es difícil saber hasta qué punto aquellas misiones decayeron o mejoraron bajo sus nuevos ministros. Sabemos, sin embargo, que éstos comenzaron bajo dos grandes desventajas: 1) la falta de los bienes materiales de las misiones, que la corona incautó, incorporándolos al ramo llamado de *Temporalidades*, que de ordinario no fue administrado en beneficio de los indios o lo fue sólo en parte y mal, y 2) la limitación de la autoridad de los misioneros a sólo los asuntos de índole espiritual, con lo que los indios quedaron sin guía, y con frecuencia al arbitrio de funcionarios que solían desconocer los problemas y algunos abundaban en fantásticas ideas de reforma, cuando no en malas intenciones. El campo de acción del misionero quedó así muy restringido, lo que debe tenerse en cuenta a la hora de adjudicar responsabilidades. Este segundo periodo franciscano de las misiones del Nayarit no ha tenido cronista, ni general ni particular; pero existen, en cambio, varios informes importantes sobre los cuales podría construirse, por lo menos, un ensayo de crónica. Voy a enumerar algunos de los que tengo conocimiento, con la esperanza de que aparezca el estudioso dispuesto a sacar fruto de los mismos:

1) Visita de don José Antonio Bugarín, cura de Huejuquilla alta, por comisión del obispo de Guadalajara, don Diego Rodríguez de Rivas (noviembre-diciembre de 1768). Se conserva original en el Archivo Histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Museo Nacional de Antropología, Chapultepec. Fue realizada para investigar las acusaciones de idolatría y supersticiones que había hecho el comandante del Nayarit, en un expediente que existe aún en el Archivo General de la Nación, *Provincias Internas*, vol. 127, f. 46 s.

2) Entre las relaciones de pueblos y misiones que en 1777 se hicieron por orden real, se conservan las relativas a las siete que administraban los franciscanos en Nayarit. Son las siguientes relaciones: 1) Misión de San Juan de Peyotán, por fray Antonio María Covarrubias; 2) Misión del Santísimo Rosario, por fray José Álvarez; 3) Misión de la Santísima Trinidad de la Mesa de Manatí; 4) San Ignacio de Huainamota, por fray Francisco Ruiz (15 de agosto de 1777); 5) Santa Teresa de Quaimaruci, por fray Francisco Parreño (20 agosto de 1777); 6) Yscatán, por fray Antonio Cuevas (29 de julio de 1777); 7) Jesús María, por fray Antonio Navarro, comisionario de

las misiones (3 de septiembre de 1777); esta última es una relación muy extensa que toca puntos referentes a todas las misiones. Estos informes contienen principalmente datos sobre recursos humanos y naturales, que era el propósito con que habían sido solicitados; casi no encierran noticias de carácter histórico ni acerca de la obra misional propiamente dicha.

Se conservan en un manuscrito de la Biblioteca Nacional y fueron publicados en su *Boletín*, vol. I, 1904, en varias entregas a partir de la p. 122. Forman parte de una sección titulada "Informes de misioneros".

3) Informe del presidente de la Audiencia de Guadalajara, Eusebio Sánchez Pareja, al secretario de Indias José de Gálvez (Guadalajara, 15 de julio de 1785). Una copia autenticada de este informe, enviada por el mismo Sánchez Pareja al virrey conde de Gálvez (Guadalajara, 26 de agosto de 1785) se conserva en la Bancroft Library, Berkeley, *Mexican Ms. 431* (antes Ms. 3788). El volumen contiene otras muchas relaciones de misiones solicitadas por la corona en 1784, las que sirvieron después para el conocido Informe del virrey Revillagigedo (1793). Entre dichas relaciones hay otras dos sobre las misiones de Nayarit, hechas por el comisario de las mismas, fray Antonio Navarro, quien presentó una al provincial franciscano de Jalisco, fray Bartolomé Maseres, que la hizo llegar al virrey el 13 de octubre de 1785, y otra al obispo de Guadalajara el 26 de agosto de 1785. El informe de Sánchez Pareja ocupa los folios 61-85 e incluye un mapa en colores por el capitán Pedro Antonio Trelles, corregidor de Bolaños. Se apoya principalmente en las noticias proporcionadas por el comisario franciscano, padre Navarro, el comandante de la Mesa, Mariano Faulia, y el alcalde mayor de Acaponeta, Lorenzo Pastor Romero; cuando difieren en algún punto, Sánchez Pareja lo advierte. Parece, por lo tanto, el informe más fidedigno entre los conocidos, y conviene resumir su contenido.⁵⁷

Las misiones habían sido puestas al cuidado de los franciscanos en el mismo año de la expulsión de los jesuitas: 1767. Sin embargo, todos los informantes de Sánchez Pareja coincidían en afirmar que ya entonces se hallaban en gran atraso espiritual: los indios no asistían

⁵⁷ Parece que Revillagigedo no utilizó en su Informe de 1793 los datos que habían proporcionado Sánchez Pareja y el padre Navarro, recogiendo en cambio las noticias que envió después don Félix María Calleja, encargado por aquel virrey de arreglar los presidios de la Mesa y Colotlán. Con cierta sorpresa, he podido comprobar que el famoso informe está, a veces, en desacuerdo con la documentación en que supuestamente está basado. En algunos casos sus equivocaciones son indudables, aun prescindiendo de las deficientes ediciones que tenemos de dicho documento. En manera alguna debe tomarse como artículo de fe. Sin embargo, Revillagigedo atribuía el estado de aquellas misiones a la rebeldía de los indios y a que los misioneros no tenían sobre ellos la autoridad de antes.

a la doctrina ni a los actos de culto y seguían venerando a sus ídolos y llenos de supersticiones. La situación material era también miserable, pero en cuanto a la responsabilidad de esto diferían los informantes: mientras el padre Navarro y el comandante Faulia la achacaban al comandante de entonces, Manuel Ocal y Alemán, destituido y arrestado por el visitador marqués de Rubí, el alcalde mayor de Acaponeta afirmaba que en tiempo de los jesuitas los indios tenían sus bienes y éstos se habían perdido por el mal manejo de los comandantes posteriores y de los misioneros. Sánchez Pareja tenía muy buena opinión del comisario franciscano padre Navarro, quien había aprendido bien el idioma de los indios —el cora, supongo— y preparado formularios para los misioneros nuevos que aún no lo sabían, y pasaba a sus pueblos para ayudarles en tiempos especiales, como la cuaresma. A este propósito repite la vieja queja de que los superiores mudaban con demasiada frecuencia a los misioneros y así era imposible que llegasen a dominar la lengua; aunque añade que tales mudanzas las hacían por juzgar que algunos misioneros no eran aptos para el ministerio y otros no podían resistir la vida en aquellos lugares.

Los misioneros eran siete, para siete misiones, tantos como en tiempos de los jesuitas para el mismo número de misiones. Gozaban de un sínodo de trescientos pesos anuales cada uno, que cobraba un síndico residente en Tepic, quien les proveía de los efectos necesarios en cuanto alcanzaban los sínodos. Los indios, por su parte, contribuían con sembrar una fanega de maíz a cada misionero (según el comandante Faulia y el padre Navarro) o media fanega (según el alcalde mayor de Acaponeta); en tiempo de los jesuitas le sembraban a cada uno cuatro fanegas. Aunque de todos modos, “los más años” no se lograba, ya fuese por la pereza de los indios, ya porque, “siendo el primer fruto, hallándose necesitados, se lo comen”. Los misioneros no tenían obvenciones, pero en las fiestas de los santos patrones les regalaban algo, y también en los bautismos y casamientos. Según el alcalde mayor de Acaponeta, estos últimos donativos eran algo sustanciales, y de acuerdo con dicho alcalde y el bachiller Felipe Patrón Rubio, vicario de Coyotlán, los indios corrían también con los gastos de cera, vino, hostias, limpieza y aseo de albas, amitos, etcétera, para las iglesias; pero el comandante Faulia y el padre Navarro dicen que los indios sólo contribuían con la cera, “que dan de la misma que cogen en la sierra y labran”. Tanto el alcalde de Acaponeta como el vicario de Coyotlán vivían muy alejados del territorio de las misiones y es lícito dudar de la exactitud de sus noticias.^{57 bis}

^{57 bis} Me parece probable que el vicario de Coyotlán y el alcalde mayor de Acaponeta se refiriesen en este caso a las misiones del “Nayarit Viejo” (Tonalisco, Santa Fe y San Blas) que podían conocer mejor, y que probable-

La tierra era montañosa y quebrada, pero producía plátanos en abundancia, maíz y alguna caña dulce; en los pocos llanos y en las cimas de los montes podría producir gruesas cosechas de frijol, chile, algodón y otros frutos. Había también bastantes plantas de cacao e innumerables enjambres. Era buena asimismo para la cría de mulas corpulentas y de la mejor clase. Había muchas y ricas vetas de plata, que los indios jamás trabajaban de manera sistemática. Los indios sacaban a la costa los frutos de la tierra, cambiándolos allí por sal, que después vendían en los pueblos y haciendas del interior, hasta la Nueva Vizcaya, donde compraban muleros de un año, que criaban para transporte. Podía acrecentarse el cultivo del cacao y de la vainilla.

Las misiones existentes en 1785 ofrecían este cuadro sintético: 1) Mesa de Tonatí, sitio templado pero sin agua y rodeado de barrancos; 2) Jesús María, a siete leguas de la anterior, al oriente, de clima muy cálido y abundante de animales ponzoñosos. Tenía el pueblo de visita de San Francisco de Paula, tres leguas al norte; 3) San Juan de Peyotán, a trece leguas de la Mesa y seis de Jesús María en lugar muy abrupto y con mala agua; tres leguas al sur tenía el pueblo de visita de Santa Rosa, de temperamento menos cálido que el de San Juan y con abundancia de agua: poblado por indios coras que casi todos entendían y hablaban el castellano; 4) Santa Teresa, en tierra muy fría, a diez y ocho leguas de la Mesa, entre norte y poniente. Tenía agregado en barrio aparte a otros indios coras que habían poblado la misión de Dolores, quemada en 1750; 5) San Pedro Iscatán, a veinte leguas de la Mesa, en la orilla del río San Pedro, de clima húmedo y cálido. Producía abundancia de plátanos y algodón. Eran indios tecualmes que habían perdido su propio idioma y hablaban mexicano o castellano; 6) Rosario (Nuestra Señora del) al otro lado del río San Pedro, en una media ladera circundada de cerros. Era su visita el pueblo de San Juan Corapa. Ambos pueblos de nación cora, y los más cerrados en su modo de hablar este idioma; 7) San Ignacio de Guainamota, a diez y nueve leguas de la Mesa, cerca de donde había estado la antigua misión franciscana. Indios coras que hablaban mexicano y un poco de castellano. Muchos padecían sífilis.

Además de estas siete misiones, llamadas específicamente "misiones de Nayarit" bajo el gobierno de los jesuitas, Sánchez Pareja hace referencia a las tres establecidas en las faldas meridional y occidental de la sierra, desde muy antiguo, por los franciscanos, y que nunca habían estado a cargo de los jesuitas. Después de 1767 formaron una

mente recibían obvencciones de sus feligreses, pues Sánchez Pareja las considera en estado de ser promovidas a parroquias regulares.

Por lo que se refiere al marqués de Rubí, éste visitó la sierra en enero de 1768, según refiere Lafora, *Relación del viaje*, p. 260 s. El "Dictamen" del marqués sobre visita se conserva en AGN, *Historia*, vol. 51.

misma jurisdicción con las ex jesuíticas, bajo los respectivos títulos de: "Nayarit Viejo" y "Nayarit Nuevo". Eran las de Tonalisco, Santa Fe y San Blas: la segunda con dos pueblos de visita (San Juan y San Diego) y la tercera con cuatro (Dolores, casi despoblado, San Blas, San Pedro Saicota y el real de minas de Motaje). Como misiones estaban relativamente adelantadas y Sánchez Pareja proponía que fuesen elevados a curatos ordinarios.

El resguardo de todas estas misiones —viejas y nuevas— estaba desde 1773 a cargo de una Compañía de Voluntarios de Cataluña, con base en la Mesa, y un soldado en cada misión. La población total sumaba 2 773 personas: 2 637 indios y 136 "gentes de razón".

4) Padrones de los pueblos de la Mesa, Santa Teresa, Jesús María, San Juan Peyotán, San Ignacio de Guainamota, San Pedro Iscatán, El Rosario y Santa Fe. Los levantó en 1787 el comandante del presidio de la Mesa, de los Voluntarios de Cataluña. En el mismo expediente se encuentran también los padrones de los pueblos de San Sebastián de Tesocuautila y Santa Catarina, que formaban las llamadas "misiones de las fronteras de San Luis Colotlán". Ambos estaban administrados por un misionero franciscano de la Provincia de Zacatecas. Los padrones se conservan en el Archivo General de la Nación, *Californias*, vol. 40, f. 266 s.⁵⁸

5) Cuadro estadístico de las misiones de Nayarit, remitido al virrey Revillagigedo por el provincial franciscano de Jalisco, fray Ignacio Vicente Dávila (Guadalajara, 9 de enero de 1794. Se halla en Archivo General de la Nación, *Provincias Internas*, vol. 5, f. 369.

6) Informe del provincial franciscano de Jalisco, fray Vicente de Pau, al presidente de la Audiencia de Guadalajara, don Jacobo de Ugarte y Loyola (Guadalajara, 12 de mayo de 1798). Se conserva en la Biblioteca Pública de Guadalajara, *Fondo Franciscano*, vol. 44. Es un documento notable. El padre De Pau había visitado las misiones nayaritas ya en 1791 e hizo allí entonces una detenida investigación de las acusaciones formuladas por el comandante militar contra algunos misioneros. Véase en vol. 50/2 del mencionado *Fondo Franciscano*.

7) Cuadro estadístico de las misiones de Nayarit, firmado por fray Ignacio Zaragoza en la Mesa de Tonatí, a 31 de diciembre de 1804. Conservado en la Biblioteca Pública de Guadalajara, *Fondo Franciscano*, vol. 50/1.

⁵⁸ El padrón arrojó una población de 2 493 indios y 66 "personas de razón" en ocho pueblos, en vez de los siete de 1785. Seis años después había subido a 2 710. El aumento mayor correspondía a Jesús María, cuyo número de habitantes había más que doblado, mientras los restantes pueblos habían aumentado en mayor o menor grado, excepto Rosario e Ichcatán. Véase el "Cuadro estadístico" del padre Dávila, en el número que sigue.

Las diez misiones contaban con una población de 4 280 almas, habiendo aumentado en 145 desde 1802 (131 indios y 14 españoles). En 1787 eran sólo ocho misiones, con 2 493 indios y 66 familias "de razón". En 1793 la población había subido a 3 280. Cuando en 1725 lo visitó el brigadier don Pedro de Rivera, al Nayarit se le atribuía una población de 3 783 almas, aunque no se dice que todas estaban en las misiones.⁵⁹

8) Hay otro notable informe sobre estas misiones. Lo firma fray Pedro de Ibarra en el "pueblo y misión de San Pedro Ixcatán", 6 de diciembre de 1826. Se encuentra en Biblioteca Pública de Guadalajara, *Fondo Franciscano*, vol. 29.

No puede haber duda de que el estudio de documentos como los que acabo de mencionar podría contribuir de manera insospechada al conocimiento no sólo de las misiones sino de la geografía e historia de Nayarit en general. Por lo demás, aquellas misiones continuaron a cargo de los franciscanos hasta muy avanzado el siglo XIX. Se vieron afectadas por las luchas independentistas y dos misioneros, partidarios del cura Mercado, llegaron a ser condenados a la pena capital, aunque parece que fueron indultados. Más adelante, en enero de 1818, el provincial franciscano de Jalisco afirmaba haber concluido un armisticio con los "rebeldes del Nayarit" —sin especificar quiénes eran— y esto le llevó a intentar la reorganización de las misiones de Ixcatán [Ihcatán], Rosario y Tonalisco: la Provincia tenía escuelas en Tepic, la Mesa y Jesús María. En diciembre de 1819 se hablaba de la entrada de nuevos misioneros a Nayarit. En enero de 1833, los franciscanos administraban allí las ocho misiones siguientes: la Mesa, Guainamota, Peyotán, Jesús María, Santa Teresa, San Pedro de Ixcatán, Santa Fe y Tonalisco. No figuraban El Rosario ni San Blas, lo que sucede también en 1841 y 1846; en 1824 todavía eran diez las misiones administradas por los jaliscienses.⁶⁰

De las misiones de la parte oriental —que no pertenecían propiamente al Nayarit de que venimos hablando y que estuvieron a cargo de la Provincia de Zacatecas—, se hicieron cargo los franciscanos del Colegio de Guadalupe (Zacatecas) en 1843. Su comisario de misiones, fray Rafael de Jesús Soria, entró por Huejuquilla con varios com-

⁵⁹ El cuadro estadístico comprende diez misiones: las tres de origen franciscano —Nayarit Viejo— y las siete heredadas de los jesuitas. En Santa Teresa, dice, "se está fabricando iglesia nueva muchos años hace, por no asistir los indios al trabajo, y con motivo de haber parado la obra, se van arruinando las paredes".

⁶⁰ Datos espigados entre los restos del antiguo archivo franciscano de Jalisco, hoy en la Biblioteca Pública de Guadalajara. Véanse: vol. 84 (Registro de correspondencia de los Provinciales); Libro de Gobierno del provincial padre Antonio de Jesús Galindo; *id.* del provincial padre padre José María Madrigal. Cuando termine la catalogación de dicho archivo, ahora en progreso, podrán hallarse nuevas noticias sobre este periodo.

pañeros, que misionaron también en San Sebastián (cuya iglesia pintaron), San Andrés y Santa Catalina. Parece que tropezaron con un problema que había entorpecido mucho, en el pasado, la obra misional: el peligro de parecer que condonaban con su presencia los abusos cometidos por hacendados y pobladores contra los nativos. Este peligro estuvo allí representado por las reclamaciones de tierras de indios que hacía un Benito del Hoyo: el padre Soria amenazó a las autoridades de Ocotlán con retirar a los misioneros, si tales abusos continuaban. No puedo decir qué resultado tuvo la amenaza, pero en 19 de diciembre de 1847 aparece todavía destinado a la misión de San Andrés Cuamiata el padre fray Felipe Muñoz, y en enero de 1848 fue nombrado presidente de las misiones "del Nayarit" fray Guadalupe de Jesús Vázquez.⁶¹

Los franciscanos de Jalisco regresaron a estas misiones en 1953, comenzando por una fundación nueva entre los huicholes, que lleva el nombre de Santa Clara. En 1962 les fue encomendada la Prelatura de Jesús María de Nayar, creada entonces con el fin de atender preferentemente a los indígenas en un amplio territorio de la Sierra Madre Occidental (coras, huicholes y tepehuanes). Según un informe de 1975, que tengo a la vista, trabajaban entonces desde doce puestos misionales: cuatro en la zona huichol (oriente) tres en la zona cora, dos en la tepehuana y tres de mestizos: Huajicori, Huazamota —donde viven también algunos indios mexicanos— y San Rafael (Nayarit). Entre los nombres de hoy figuran algunos viejos, como La Mesa, Jesús María, Santa Teresa, Milpillas, Ocotán... Como se ve, los huicholes, que apenas habían sido alcanzados por las antiguas "misiones de Nayarit" —aunque sí por la obra de los franciscanos de Zacatecas— parece que han sido ahora objeto de preferente atención. Trabajaban allí en 1975 dos docenas de franciscanos, 29 religiosas y 12 misioneros seculares. La región —que llamaríamos zona Huicot— abarca unos 25 000 kilómetros cuadrados y sus habitantes se cifran en unos 60 000 a 70 000.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Archivo General de Indias, Sevilla (AGI).
 Archivo General de la Nación, México (AGN)
 Archivo Ibero-Americano, Madrid (AIA).

⁶¹ Bolton, en su conocida *Guía* de los archivos mexicanos, preparada antes de 1913, registró un lote de "Papeles de Nayarit", que existían en el Archivo de Guadalupe. Allí pude verlos todavía en 1972: entre ellos un Diario del comisario de misiones y un Libro de Gobierno de la Secretaría de las mismas, que cubren este periodo. De ellos tomo los datos expuestos en el texto.

- Archivo Provincial de Jalisco = Resto del archivo antiguo de la provincia franciscana, hoy en la Biblioteca Pública de Guadalajara. Biblioteca Nacional, México (BN).
- ALEGRE, FRANCISCO JAVIER, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, 4 vols., nueva edición por Ernest J. Burrus, S.J., y Félix Zubillaga, S.J., Roma, Institutum Historicum, S.J., 1956-1960.
- ARLEGUI, JOSÉ DE, *Crónica de la Provincia de N.S.P.S. Francisco de Zacatecas*, México, 1851 (primera edición, México, José Bernardo de Hogal, 1737).
- ARREGUI, DOMINGO LÁZARO DE, *Descripción de la Nueva Galicia*, edición y estudio por François Chevalier, prólogo de John van Horne, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1946.
- Cartas de Indias*, Publicadas por primera vez el Ministerio de Fomento (Madrid, 1877). Reimpresiones: Guadalajara, 1970, por Edmundo Aviña, y Madrid, 1974, en la "Biblioteca de Autores Españoles" (3 vols.).
- DECORME, GERARD, S. J., *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial*, 2 vols., México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1941.
- ESPINOSA, ISIDRO FÉLIX DE, *El peregrino septentrional atlante delineado en la exemplarissima vida del venerable padre F. Antonio Margil de Jesús...*, México, José Bernardo de Hogal, 1737.
- , *Crónica apostólica y seráfica de todos los colegios de propaganda fide de esta Nueva España*, México, Viuda de José Bernardo de Hogal, 1746. Nueva edición con introducción y notas por Lino Gómez Canedo, Washington, Academy of American Franciscan History, 1964.
- FIGUEROA, FRANCISCO ANTONIO DE LA ROSA, *Becerro general, menológico y cronológico de todos los religiosos que de las tres parcialidades, conviene a saber: Padres de España, Hijos de Provincia y Criollos, ha habido en esta Sta. Provincia del Sto. Evangelio desde su fundación hasta el presente año de 1764, y de todos los Prelados, así nuestros muy reverendos Padres Comisarios como reverendos Padres Provinciales que la han gobernado...*, manuscrito en la Newberry Library, Chicago.
- Gaceta de México*, 1722. Reedición en *Gacetas de México*. Castorena y Ursúa (1722), Sahagún de Arévalo (1728-1742). Introducción por Francisco González de Cossío (México, Secretaría de Educación Pública, 1949; 3 vols.).
- GERHARD, PETER, *The North Frontier of New Spain*, Princeton, Princeton University Press, 1982.
- GUTIÉRREZ CONTRERAS, SALVADOR, *Los coras y el rey Nayarit*, Compostela, Nayarit, 1974.
- LAFORA, NICOLÁS, *Relación del viaje que hizo a los presidios internos situados en la frontera de la América septentrional perteneciente al rey de España*, con un liminar bibliográfico y acotaciones por Vito Alessio Robles, México, Editorial Pedro Robredo, 1939, 335 p.

- LÓPEZ, Atanasio, O. F. M., *Misiones o doctrinas de Michoacán y Jalisco (Méjico) en el siglo XVI, 1525-1585*, en AIA, 18, 1922, 341-425. Desde la p. 383 publica la "Descripción de la Provincia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo en las Indias de la Nueva España", por fray Diego Muñoz. Véase adelante bajo Muñoz.
- , *Los indios coras, tepehuanes, cheles y guainamotas*, en AIA, 34, 1931, 341-370.
- , *Misiones o doctrinas de Jalisco (Méjico) en el siglo XVII*, en AIA, 34, 1931, 481-507.
- LUMHOLTZ, Carlos, *Unknown Mexico. A record of five years explorations among the tribes of the Western Sierra Madre; in the Tierra Caliente of Tepic and Jalisco; and among the tarascos of Michoacan*, 2 v. New York, Charles Scribner's Sons, 1902.
- MECHAM, J. Lloyd, *Francisco de Ibarra and Nueva Vizcaya*, Durham, Duke University Press, 1927.
- MENDIETA, Jerónimo de, O.F.M., *Historia eclesiástica indiana*, primera edición por Joaquín García de Icazbalceta, México, 1870; reimpresa por Salvador Chávez Hayhoe, México, s.a., 4 v. y Francisco Solano y Pérez-Lila en la "Biblioteca de Autores Españoles", Madrid, 1973; 2 v. Reproducción facsimilar de la primera edición en "Biblioteca Porrúa", v. 46. La obra fue terminada a fines del siglo XVI.
- MOTA Y ESCOBAR, Alonso de la, *Descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*, introducción por Joaquín Ramírez Cabañas, México, Editorial Pedro Robredo, 1940. Había sido publicada antes por la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, en edición de cincuenta ejemplares.
- MOTA PADILLA, Matías de la, *Historia de la conquista del reino de la Nueva Galicia. Escrita por... en 1742*, Guadalajara, 1924, edición anotada por José Irineo Gutiérrez.
- MUÑOZ, Diego, O.F.M., *Descripción de la provincia de los apóstoles San Pedro y San Pablo en las Indias de la Nueva España*, Michoacán y Jalisco en AIA, 18, 1922, 383-425. Reeditada por el Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, con prólogo de José Ramírez Flores y datos proporcionados por el padre Leopoldo Campos, Guadalajara, 1965.
- ORNELAS Mendoza y Valdivia, Nicolás Antonio de, O.F.M., *Crónica de la provincia de Santiago de Jalisco*, Guadalajara, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, INAH, 1962. Escribió en 1719-1722.
- OROZ, Pedro de, O.F.M., *The Oroz Codex*, translated and edited by Angélico Chávez, O.F.M., Washington, D.C., 1972. Contiene la "Relación" de la Provincia del Santo Evangelio de México, que Oroz escribió en 1585.
- ORTEGA, José, S. J., *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en su Provincia de México*, lib. I, México, Editorial Layac, 1944. La primera edición apareció en Barcelona en 1754.
- PONCE, Alonso, O.F.M., *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las*

- provincias de la Nueva España, siendo comisario general de aquellas partes*, 2 v. Madrid, 1873. Hay una nueva edición, con estudio preliminar, apéndices, mapas e índices, por Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras, 2 v. México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1976. Estos nuevos editores prefirieron el título de *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*. Al parecer, el único manuscrito de que hay noticia —el utilizado para la edición de 1873— carecía de título definido y las referencias bibliográficas tampoco son claras. Ponce fue comisario general de la Nueva España de 1584 a 1588.
- REVILLAGIGEDO, Conde de, virrey de México. [Informe sobre el estado de las misiones en Nueva España, 1793]. Utilizo la edición de José Bravo Ugarte (México, Editorial Jus, 1966).
- RÍOS, Eduardo E., *Fray Margil de Jesús, apóstol de América*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1941.
- RIVERA, Pedro de, *Diario y derrotero de lo caminado y visto en la visita que hizo a los Presidios de la Nueva España septentrional*, México, Archivo Histórico Militar Mexicano, 1946. Ed. con introducción y notas por Vito Alessio Robles.
- SANTOSCOY, Alberto, *Nayarit. Colección de documentos inéditos, históricos y etnográficos acerca de la sierra de ese nombre*, Guadalajara, 1899.
- TELLO, Antonio, O.F.M., *Crónica miscelánea de la santa provincia de Jalisco*, Libro II, Guadalajara, 1894. Editada por José López Portillo y Rojas bajo el título de *Historia general de Jalisco, que trata de la conquista del Nuevo Reino de Galicia y descubrimiento del Nuevo México, escrita por fray Antonio Tello*. Después de la introducción del editor —en que hoy sabemos hay mucha fábula— da el título verdadero: *Crónica miscelánea y conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México*.
 , Libro III, Guadalajara, Editorial Font, 1942. Con introducción de Cornejo Franco.
- , Libro IV, Guadalajara, Editorial Font, 1945. Con largo estudio (p. XIII-LII) y notas (p. 183-267) por el padre fray Luis del R. de Palacio.
- TORQUEMADA, Juan de, *Monarquía Indiana...*, Sevilla, 1615; Madrid, 1723-1725. De esta segunda edición hay una reimpresión facsimilar; México, Editorial Porrúa, 1969. Está para terminarse la nueva edición hecha por el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- , "Servicios que las tres Órdenes agustinos, dominicos y franciscanos han hecho a la corona de Castilla en estas tierras de la Nueva España, desde que entraron a su conversión hasta estos presentes tiempos; y que los clérigos no se ocupan en esto; y del poco número de ellos; del número de las lenguas, y agravios del Arzobispo..." en García Icazbalceta, *Nueva colección de documentos para la historia de México*, vol. V, p. 181-240.

- TORRES, Francisco Mariano de, O.F.M., *Crónica de la santa provincia de Jalisco*, México, 1960, en Colección siglo xvi, dirigida por Ernesto Ramos. Con notas del padre fray Luis del R. de Palacio.
- VETANCURT, Agustín, O.F.M., *Crónica de la provincia del Santo Evangelio de México*, México, 1871, Biblioteca Histórica de La Iberia. La primera edición es de México, 1697.